

175.411
RACIONALISMO Y CATOLICISMO

J. Soler
CONFERENCIAS

DADAS POR

EL DOCTOR MARIANO SOLER

y discutidas en el

CLUB CATÓLICO



Tip. de la Librería Nacional, 25 de Mayo N.º 355

1880



278.95
Solva



PREÁMBULO

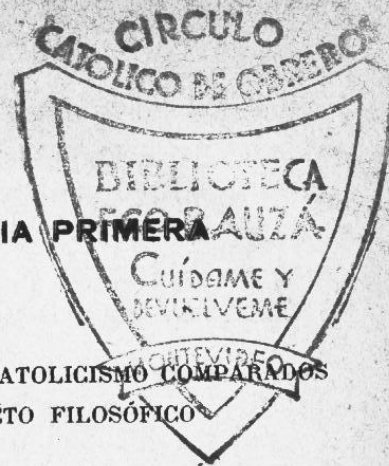
Doy á la prensa y ofrezco al público el presente folleto, confiando que sus lectores han de poner la atención, no en su mérito literario, sinó en el interés de la cuestion y la oportunidad del asunto : *catolicismo y racionalismo*.

El celebrado autor de la *Historia de la civilizacion europea*, el gran Guizot, ese génio profundo, que tenia tan vastos conocimientos de la sociedad y de la civilizacion, puso y cifró todo el porvenir de la humanidad en la solucion del problema que es objeto de mis desaliñadas elucubraciones. Oiganse sus palabras :

« ¿Cuál es, señores, la gran cuestion, la cuestion suprema que preocupa hoy todos los espiritus? Es la cuestion empeñada entre los que reconocen un órden sobrenatural, cierto y seguro . . . y los que no lo reconocen, entre el *sobrenaturalismo* y el *racionalismo* . . . Es ne-

obstáculos superiores á su propaganda; y como es la luz y el bien, acaba por rendirlo todo. Díganlo sinó diezinueve siglos de eternas luchas y de perennes triunfos. Jamás le alcanza el anatema de muerte.

Católicos, somos invencibles !



CONFERENCIA PRIMERA AUZA

EL RACIONALISMO Y EL CATOLICISMO COMPARADOS
BAJO EL ASPECTO FILOSÓFICO

« El libre pensamiento (racionalismo)
» de que tanto se habla en nuestros días,
» no es á menudo sinó el pensamiento
» *errante y vagabundo* en vez de libre,
» como Delos flotando en los mares de la
» Grecia, sin *raiz, direccion, ni hogar.*»

LORD GLADSTONE.

Señores : Está escrito en el libro por excelencia, la Biblia, que el hombre fué creado á imagen de su Dios por el espíritu sublime que en él infundiera.

Por eso al contemplar su grandeza el inspirado David exclamó estasiado : « Señor: Tú has hecho al hombre poco menos que un ángel, le has coronado de gloria y honor y constituido sobre todas las obras de tus manos. »

Y jamás, señores, se han escrito palabras más sublimes para describir con una síntesis suprema la dignidad humana. Por eso el cristianismo que las recogió y aplicó, no reconoce rival entre todas las escuelas filosóficas acerca del pensa-

miento divino de la dignidad y grandeza del hombre. Por eso la civilización cristiana ha sido siempre la más augusta de cuantas recuenta la historia, porque siempre ha considerado al hombre cual imagen augustísima de su Dios, respetando su dignidad y sus derechos. Este es uno de los timbres más bellos de esa fé que regeneró los pueblos y vertió su sangre por redimirlos.

Mas sobre todas las facultades tiene el hombre una facultad tan hermosa y brillante, que le eleva por encima de cuanto resplandece entre las estupendas maravillas de la creación visible.

Esa facultad es la razón y es un destello de la divinidad.

Y para qué, señores, ha recibido el hombre facultad tan sublime? Cuál será su objeto? No es otro, ni puede serlo, mas que la *verdad*. Todo lo que es *verdadero* la ennoblece sin poder dejar de aceptarlo donde quiera que se encuentre, so pena de degradar su dignidad y naturaleza. La razón vive de la verdad, y solo ella la satisface; y la verdad es absoluta, es infinita, única y eterna.

Es pues objeto de la razón todo lo verdadero, ya sea que deduzca la verdad de la naturaleza de las cosas ó le sea propuesta y garantida por la autoridad divina.

El simple filósofo no posee mas verdad que la adquirida por las solas luces naturales; pero el creyente católico es algo más, porque sabe más, porque tiene además la verdad revelada, ese precioso legado que Dios ha hecho á los hombres, esa luz divina de la fé sobrenatural,

cuyo fundamento es la autoridad infalible de Dios.

Acaso el hombre y la razón no están obligados á aceptar la verdad do quiera y como quiera que la encuentre? El negarlo es negar que la razón es para la verdad.

Ni se diga, señores, que la razón no está obligada á aceptar las verdades reveladas porque han existido muchas falsas revelaciones; pues si esto fuera razonable, la razón tampoco debería admitir la verdad filosófica, porque no ha habido error que no haya pretendido los honores de sistema y verdad filosófica.

Y existe una profundísima distinción entre el simple filósofo y el verdadero creyente; y es que lo deducido por la simple razón es *falible*, mientras que lo sabido por la fé divina es *infalible*, como fundada en la imposibilidad intrínseca de que Dios pueda engañarse ó engañarnos.

I

Qué es el Racionalismo?

Hay, pues, dos modos de conocer la verdad. Acaso consistirá el *Racionalismo* en el método *razonable* de adquirir la verdad por la luz de la razón, y el *Catolicismo* en conocer la verdad por el medio exclusivo de la revelación y la fé? Así han querido darlo á entender los racionalistas.

Pero nada hay más falso: el católico tiene razón y tiene fé; es filósofo y es creyente, esto es, acepta la verdad donde quiera que la encuentra.

El racionalismo no es la filosofía, ni el método razonable: constitúyete un exclusivismo arbitrario, constitúyete la independencia absoluta de la razón y el naturalismo, desechando toda verdad sobrenatural y revelada, afirmando la suficiencia de la razón para el conocimiento de *toda* verdad.

Es, pues, el racionalismo la exageración de las fuerzas de la razón, la anarquía del pensamiento, es la deificación del error, es la negación de la fe divina, es la apostasía de Cristo y de su augusta civilización; es, en una palabra, como ha dicho Lord Gladstone, «*el pensamiento errante y vagabundo* en vez de libre, como Delos flotando en los mares de la Grecia sin raíz, dirección, ni hogar.»

El racionalismo es el filosofismo descreído del siglo XVIII, simbolizado en aquel lema tan irracional como impío, antisocial y refractario: «*Destruyamos al Infame*» esto es Jesucristo, y su augustísima civilización; y cuyo reinado se inauguró solemnemente en aquel día de ominoso recuerdo para la Revolución Francesa, en que la razón fué públicamente adorada en la persona de una prostituta en los templos profanados del Señor: entonces enloqueció la razón prostituyéndose al consagrar su apoteosis y su divinización ridícula.

Por eso consecuente á sus principios é instintos, también el racionalismo, para afrenta de mi patria querida, se ha ostentado tal cual es en todo su oprobio, cuando en un centro de ilustración, el Ateneo del Uruguay, se ha proclamado al grito de ¡muera el Catolicismo! la *descenden-*

cia ANIMAL del hombre y enseñado que *Jesucristo era un monomaniático y un embaucador.*

Creo, señores, que el racionalismo no podía refutarse á sí mismo más cumplidamente, ni cubrirse de mayor infamia, pues ni pudo insultarse más cínicamente la dignidad original del hombre haciéndole descender del animal, ni la dignidad de los pueblos cristianos, cultos y civilizados; y sobre todo la dignidad del pueblo oriental, católico por su civilización y por su Pacto fundamental.

El racionalismo, pues, acaba de juzgarse á sí mismo: ha demostrado que no es la razón, sino su prostitución, porque ni la razón histórica, ni la razón filosófica pueden admitir que el Libertador de los pueblos degradados por el Cesarismo despótico y la idolatría, el vengador de la dignidad humana ultrajada por la esclavitud, el restaurador de los derechos y deberes del hombre, el Padre de la civilización única con que se honran los pueblos hoy cultos, Jesucristo, haya sido un *mentecato* y un *impostor*. Eso no dice la razón: solo ha podido decirlo el racionalismo, cubriéndose de ignominia.

Y á más de esto, señores, notad de paso la irritante contradicción é impudente injusticia cometida por el racionalismo. Proclama el derecho de la libertad absoluta de pensar como mejor plazca á cada individuo, é insulta después al catolicismo porque *usa del derecho* de pensar *católicamente*. Eso sí, que es intolerancia y ominosa intransigencia! Y más aun, orgullo insensato, pues supone poseer él solo la razón y ser irracionales todos los que como él no piensan.

Pasemos, sin embargo, á examinarle más detenidamente bajo el aspecto filosófico, reservándonos para otra vez criticarle bajo el aspecto social, moral y religioso.

II

Critica del Racionalismo bajo el aspecto filosófico.

SOBERANÍA DE LA RAZON.

El racionalismo, señores, proclama á la razon humana *absolutamente* independiente. Puede esto probarse?

Toda la cuestión, reducida á sus verdaderos términos, versa sobre el conocimiento de aquellos principios que en el orden filosófico y religioso atañen á los intereses más graves del hombre, como son: su origen, destino, creencias y moralidad.

Pues bien, el racionalismo afirma que respecto á tan sublime conocimiento la razon humana se basta á sí misma y con esto la garantizan de toda dependencia con relacion á la necesidad de norma alguna estrínseca. De cuya suficiencia deducen los racionalistas que no se dá, ni puede darse, otra revelacion de cosas fuera de la que brilla en el espíritu humano por obra de la razon, y que en caso de revelar algo al hombre la divinidad, no existe obligacion de admitirlo, salvo en aquello y en el modo que pareciese conforme á la razon, juez supremo de toda verdad.

La razon, pues, se basta á sí misma, afirma el racionalismo. Mas, cuál es la prueba? Los racionalistas al pretender darla se dividen en dos campos. Los racionalistas *radicales* y *ultras* sostienen que la razon en el conocimiento de la verdad es norma y regla de las cosas: no debe admitirse sinó lo que ella directamente demuestra.

Pero en esta hipótesis, señores, si la razon es norma ó regla de las cosas, la verdad depende del juicio de la razon individual, siendo por tanto verdadero todo aquello que juzga y considera tal la razon. Pero es un error de lógica trascendental y de sentido comun. La verdad está en el entendimiento, pero *no la crea* el entendimiento; la verdad es la conformidad del entendimiento con la cosa: por eso se dice que es falso un juicio que no está conforme con la realidad: la razon, por tanto, conoce, percibe ó concibe la verdad, pero la verdad es absolutamente independiente de la razon: la razon es *medio* de conocer la verdad directa ó indirectamente, mas no crea la verdad.

El racionalismo, señores, al proponer y defender tan grande error no tiene ni siquiera el mérito de la invencion: no ha hecho más que resucitar un error de los antiguos sofistas y escépticos, que afirmaban ser verdad todo lo que cada cual opina. Y como puede suceder, y lo estamos viendo, que uno afirme lo que el otro niega, deducian la legítima pero errónea conclusion de que dos proposiciones *contradictorias* son *igualmente verdaderas*, pudiendo una misma cosa ser verdadera y falsa, moral é inmoral,

según el arbitrio de los opinantes. A este absurdo llegó el decantado racionalista Kant en su *Critica de la razon pura*, enumerando las verdades trascendentales como antinomias ó contradicciones de la razon, que tuvo que corregir echando mano del buen sentido moral, pero con inconsecuencia suma.

El error racionalista de donde proviene ese absurdo trascendental se origina de una lamentable confusion de relaciones; confunde el entendimiento *práctico* con el entendimiento *especulativo*. Así la moralidad de nuestras acciones depende de la intencion del agente; y cuando el individuo obra en virtud de un error invencible, su accion no es inmoral, aunque sea mala en sí. Quién ignora que el error invencible es una *desgracia*, pero no la *norma* de nuestras acciones? El racionalismo, sin embargo, así lo afirma.

Es pues un absurdo y una adulacion el proclamar que la razon humana es absolutamente independiente y norma de la verdad. Eso de pensar como á cada uno mejor le parezca, no puede ser ley de seres racionales; la verdad es norma de la razon y no vice-versa: semejante principio es constituir en ley y derecho la *licencia del pensamiento*, es proclamar la anarquía intelectual, es confundir el pensamiento vagabundo y errante con el pensamiento *libre del error*.

Los racionalistas *moderados* no admiten la independencia *absoluta* de la razon en el sentido de que sea norma de la verdad, sinó que afirman bastarse la razon á sí misma, en virtud

de sus fuerzas naturales, para el conocimiento de las verdades más sublimes pertenecientes á Dios, al hombre y á la naturaleza.

Pero la historia, señores, dá el más solemne mentis á semejante aseveracion. Y en verdad; ya se consideren las naciones en general abandonadas á las solas fuerzas de la razon, ó las doctrinas de sus filósofos más célebres, ¿qué encontramos? Una ignorancia muy crasa en cuanto á las verdades más interesantes ó una alteracion tan grave de las pocas verdades que se profesaban, que con dificultad se pueden ver sus pálidos resplandores: aun existen naciones idólatras y bárbaras, como las de los tiempos paganos: todas las que no admiten el cristianismo.

Pues bien, señores; habiendo durado por tantos siglos y durando todavía esa falta de conocimiento de la verdad en las naciones privadas de la revelacion, ¿no es argumento evidente de que la razon humana no basta por sí sola para sacar al hombre de tan gran miseria; y que en vez de rechazarle invoca el auxilio de aquella verdad soberana que iluminando libra las inteligencias de la esclavitud del error, la revelacion cristiana, que ha civilizado á todos los pueblos que hoy lo son? En cuanto á los grandes filósofos nadie sabe á qué atenerse: luchan entre sí acerca de las verdades más importantes y cambian de sistemas como de vestidos: testigo son los filósofos de la Grecia y los modernos racionalistas. Pues bien, señores; si el estudio de tantos ingenios y de tantos siglos no ha podido formar un código de doctrinas claras, seguras é irrefragables para los pueblos, ¿no prueba bas-

tante que la suficiencia universal de la razón para todas las verdades aun las más sublimes y necesarias, predicada por el racionalismo, está solemnemente desmentida por la historia y la experiencia?

Esos géneos sublimes, que no tuvo mayores la antigua filosofía, Sócrates, Platon y Ciceron proclaman la necesidad de que *los dioses ó alguna revelacion* nos vengan á servir de guía en medio de este mar tempestuoso de la vida. Y si estos géneos, señores, confiesan no bastarles la razón, ¿qué debe decir el comun de los hombres? Por eso el mismo Voltaire ha confesado en uno de sus momentos lúcidos: « Es muy claro y muy demostrado que *nos era indispensable la revelacion* para que nos instruyera. . . No nos bastaba un Sócrates, ni un Platon, sinó que necesitábamos un maestro que fuese algo más que ellos. » (Un cristiano contra seis judios.)

Estas confesiones, señores, nos llevan á una gravísima consideracion contra el método racionalista con relacion á la humanidad.

El hombre, dice el racionalismo, no debe tener más guía que su razón, debe ser un Sócrates ó un Platon que procura por sí mismo darse cuenta de las verdades más importantes acerca de Dios, el hombre, la moral, la religion y el mundo. Pero ¿quién no vé que esto es una adulacion irrisoria. que conduce los pueblos al escepticismo, al embrutecimiento, ó á la esclavitud de la autoridad filosófica de unos cuantos que se las echan de sábios ?

Desde luego, señores, la gran mayoría de la humanidad no tiene el géneo ni la inteligencia

de un Sócrates ni el tiempo para dedicarse á profundas investigaciones filosóficas : deben vivir del trabajo. Qué harán entonces ? Permanecer brutos é ignorantes ó admitir las doctrinas de los filósofos por la sola autoridad del maestro : y hé aqui, señores, cómo el racionalismo, tan adulator de la razón humana, viene á esclavizarla con el autoritarismo filosófico, sometiéndola á la autoridad de los hombres, alejándole de la autoridad divina ó sancionando el embrutecimiento, dejándole que siga los caprichos de una razón inculta.

Confieso, señores, que jamás he contemplado teoria más anti-humanitaria que el racionalismo : es el sistema del embrutecimiento de las masas populares y del autoritarismo filosófico.

Si para darse cuenta exacta de las verdades pertenecientes á una sola ciencia, no basta la vida de un hombre, ayudado del contingente de todos los siglos, ¿se puede pretender que cada individuo del pueblo investigue y se dé cuenta de todas las verdades que interesan á la humanidad acerca de Dios, el alma, el mundo, la moral y la religion ?

Ah! señores ; el racionalismo, lo vuelvo á repetir, no es más que el pensamiento errante y vagabundo, sin credo, sin convicciones, sin ley, sin direccion, embruteciendo los pueblos que civilizó á costa de tantos sacrificios el cristianismo.

III

Pero no sucede así con el método ó credo católico, la revelación.

Si la autoridad humana no es criterio de verdad en los conocimientos científicos, porque el hombre puede engañarse y engañarnos; no sucede así con la autoridad divina, que es legítimo criterio en las verdades científicas, porque es la única autoridad infalible; y entonces el joven imberbe, como el infimo labriego pueden poseer la verdad con más certeza y saber tanto como el más sábio filósofo.

Solo á la sombra del catolicismo los pueblos dejan de ser masas embrutecidas como son las abandonadas á los caprichos del racionalismo y del libre exámen del Protestantismo.

Ved, pues, cómo el método católico, que además de la filosofía admite la revelación, es la salvaguardia de la conciencia y dignidad de los pueblos y la escuela humanitaria por excelencia.

Copérnico era un gran sábio y pudo ser católico; grandes génios fueron Descartes, Bossuet, Malebranche, Euler, Keplero, Secchi y Leverrier; y jamás se consideraron tiranizados por la fé y la revelación. Ni cómo podia suceder de otro modo si Dios y su palabra es la verdad?

Y no ha de causar indignación al noble pueblo uruguayo oír una turba de sofistas imberbes, que echándose las de grandes génios, nos vengan diciendo que el Cristianismo es la religión de los papanatas, fanáticos, boca-abiertas é ignorantes, como si tales lo fueran esos gran-

des sábios, que mayores no ha tenido el mundo; un san Agustín, un santo Tomás, un Copérnico, un Galileo, un Torricelli, Newton, Cavalieri, Keplero, Bacon, Descartes, Leibnitz, Volta, Galvani, Bossuet, Fenelon, Pascal, Euler, Miguel Angel, Murillo y Rafael, Dante, Petrarca, Cervantes, Lope de Vega, Calderon de la Barca, Guizot, Thiers, Elie de Beaumont, Claudio Bernard, Leverrier, Secchi, Montalembert, Doupanloup, César Cantú y otros innumerables sábios de primer órden, que se han gloriado de acatar la revelación cristiana, como única institución digna de Dios y de la humanidad?

Esto es insultar la dignidad de los pueblos católicos y cristianos: esto es abusar con el insulto y la calumnia de la buena fé de un pueblo.

Si nos fuera permitido faltar á las reglas de civilidad ¿no estaríamos en el pleno derecho, en nombre de todos esos grandes génios que acabamos de citar, de tildar de ignorantes y papanatas á los racionalistas? Mas no necesitamos de armas tan innobles como las de nuestros adversarios.

Se objeta al racionalismo el no haber jamás civilizado nación alguna y que los pueblos que permanecen naturalmente racionalistas por carecer de la revelación, son bárbaros aun. Qué responde?

Pone su esperanza en el progreso de la ciencia y en la reiteración de las tentativas. Pero hasta cuándo la humanidad ha de dejar de ser el juguete de las tentativas de los sistemas arbitrarios del racionalismo? Estamos en el siglo XIX y aun el racionalismo no ha podido legar á la

36491

humanidad un credo filosófico que dignifique al hombre. Tan racionalista es el panteísta, como el deísta, el sensualista y el materialista: todos los errores caben en él: tener *credo* es una contradicción.

El hombre ha nacido para la verdad, de donde se deduce, tanto el derecho inalienable de adherirse á la verdad, como la obligación irrefragable de aceptarla donde quiera que se encuentre. Mas como por otra parte el hombre es por su naturaleza falible; para no errar en su adhesión, está obligado á sujetarse al magisterio ó autoridad de quien se le mostrase adornado con la aureola de la infalibilidad; y como quiera que Dios es la suma verdad infalible; se sigue que la razón humana debe inclinar su frente y prestarle el obsequio de su adhesión cuantas veces haya hablado.

El racionalismo dice que Dios no puede enseñarnos, porque se rebajaría instruyéndonos; pero esto es una infamia, porque no puede rebajarse Dios ilustrando la razón que el mismo creó.

IV

El someter la razón á un misterio que ella no entiende, replica el racionalismo, es una indignidad, es un envilecimiento de la misma razón. Mas, en primer lugar, es falso que todos los dogmas revelados sean misterios; la existencia de Dios es un dogma y la inmortalidad del alma también, y no son misterios; pero es falso que el misterio envilezca la razón. El hacer á la

razón participante de una verdad á cuyo conocimiento no podía llegar con sus propias fuerzas ó llegaría con mucho trabajo sin adquirir certeza infalible, no es envilecerla sinó ennoblecerla y dignificarla elevándola á más alto grado, haciéndola depositaria de verdades superiores.

Esto dicen los racionalistas radicales; pero los hay moderados, que admitiendo el caso de la revelación, hacen á la razón humana *independiente* en cuanto á la inteligencia y á la aplicación de las verdades reveladas. Dios, dicen estos, puede revelar, no hay duda; pero la razón tiene derecho de juzgar la revelación é interpretarla á su manera.

Pero, señores, esto más que absurdo es ridículo. Someter la palabra de Dios á la interpretación de la criatura!... En este caso, más valdría que Dios no hubiese hecho semejante revelación: la palabra infalible de Dios viene con el tal derecho de interpretación á quedar sometida á la palabra de la razón *falible* del hombre. Y entonces la revelación divina queda reducida á un simple sistema *filosófico* que cada cual interpreta como cree más conveniente y ¿qué se habría adelantado en este caso? Admitir un absurdo más.

Pero, señores, la recta razón dicta que la inteligencia humana es *totalmente dependiente* de la divina; de donde se sigue que de cualquier modo que venga la palabra de Dios, la razón debe adherirse á ella. Una sola cosa es necesaria; que le conste venir de Dios esa palabra, no sea que tome por revelación divina los ensueños de un visionario.

Ved, pues, cuán racional y razonable es el principio católico, como antifilosófico é irracional el Racionalismo.

V

Sin embargo es necesario desvanecer dos imputaciones que se hacen al catolicismo: 1.^a que es autoritario y atentatorio á la dignidad del hombre, sometiendo la razon á la autoridad.

Esto, señores, es un grosero sofisma: nadie más *independiente* que el católico; autoritarismo y arbitrariedad es someter la razon á la autoridad de otro hombre por sábio que sea, puesto que es ilegítimo obligar á creer en una autoridad *falible*, cual es la de todo hombre, aunque sea un génio.

Pero no es autoritarismo someter la razon á la autoridad *infalible* de Dios, que no puede engañarse, ni engañarnos. El catolicismo no obliga á someter nuestra razon á la autoridad de ningun hombre, sinó á los dogmas de fé divina; sumision que ennoblece nuestra razon, porque es la garantia suprema de su independencia respecto del error y de los sistemas filosóficos. Un racionalista es un *pedruzco errático*, tras la corriente de toda doctrina arbitraria.

2.^a La segunda imputacion consiste en atribuirnos una fé *ciega*, pues que con la revelacion, dicen, se obliga al hombre á creer á ciegas; mientras que la razon nos ha sido dada para no admitir sinó lo que pasa por el crisol de esa misma razon.

Es esto, señores, otro sofisma. La razon no debe admitir nada sin demostracion, es muy cierto; pero esa demostracion puede ser mediata ó inmediata, directa ó indirecta: es inmediata cuando la razon deduce la verdad que admite de la naturaleza misma de las cosas, de su esencia; mediata ó indirecta cuando cerciorado el hombre de que Dios ha revelado algo, deduce que es verdad, no porque así lo comprenda, sino porque Dios no puede equivocarse; que es la demostracion más evidente é irrefragable de cuantas pudieran darse: esta es la fé del católico, tan sublime y esplendorosa que eclipsa con sus resplandores los sistemas más irrefutables de la filosofía independiente: no es, pues, ciega la fé, porque no es á ciegas que se cree, sinó fundado en la razon más infalible que pueda darse, la razon divina, la palabra de Dios.

A ciegas, señores, andan y cruzan por sobre la tierra las masas racionalistas, al viento de toda doctrina, pues que los racionalistas, los mentidos partidarios de la razon independiente, son los verdaderos *judios errantes* del pensamiento. Descended al terreno de la práctica y preguntadles si han llegado jamás á formar algun *credo* filosófico que dignifique la humanidad. Solo contemplareis al racionalismo y sus adeptos imbuidos en el degradante sensualismo y el abyecto materialismo, ora defendiendo el absurdísimo panteismo lo mismo que el darwinismo, el positivismo y demas sistemas condenados por el sentido comun: solo el católico es superior á todas esas aberraciones, aun cuando jamás haya cursado aula alguna de filosofía.

Mientras en sus cátedras, ocupadas á las veces por génius extraordinarios, la filosofía racionalista jamás llega á pronunciar la última palabra, el último católico de la plebe sabe resolver los problemas más augustos y tremendos sobre Dios, la naturaleza y la humanidad con solo el símbolo católico ó el catecismo de la Iglesia. En ese oscurantismo de eternas preocupaciones y de perpétua anarquía vegeta el racionalismo.

VI

Pero permitidme, señores, añadir que solo el catolicismo puede resolver y en efecto resuelve el problema más vital é importante en los destinos de la humanidad y de su civilización, el problema augusto, el problema por excelencia para las sociedades cultas, el problema de la educación de la juventud, esperanza suprema del porvenir de los pueblos.

Desde luego, señores, ¿creéis que en la enseñanza debe existir la unidad de doctrina que caracteriza la verdad? No se puede negar, á no querer convertir la escuela en un foco de escepticismo é inmoralidad, porque *una* es la verdad y *uno* es el deber como el derecho, el bien y el mal.

Mas, decidlo vosotros, ¿es posible la unidad en el sistema racionalista de la moral y de la razón independiente. Si los profesores son racionalistas ¿qué uniformidad, qué plan de estudios podeis imponerles para la enseñanza en nombre de la razón apartada de la fé? Ninguna:

so pena de cometer un atentado contra su independencia y soberanía intelectual. Enseñará, pues, lo que mejor y como mejor le plazca, lo que desgraciadamente estamos contemplando, acerca de los problemas é intereses más vitales y fundamentales de la humanidad. La escuela necesariamente se convierte en club de anarquía radical del pensamiento, de moral-cero y religion cero, cuando no es de inmoralidad, indiferentismo é incredulidad.

Pero, hay más aun; la autoridad es esencial al magisterio para la enseñanza primaria y popular; los niños no están en el caso de discutir con el maestro, deben aprender lo que les enseña.

Mas entonces ¿no sería un autoritarismo in calificable el del maestro racionalista? ¿Quién eres tú, para que creamos en tus bellas (en caso que lo fueran) doctrinas y máximas? Cómo te atreves á cometer ese atentado contra nuestra razón independiente? Eres acaso infalible? Y en efecto, señores, ó hay que renunciar en las escuelas á la enseñanza de la parte más esencial de la educación, los sublimes principios morales y religiosos, ó acudir á la autoridad infalible del catecismo, so pena de cometer el mayor de los atentados contra la juventud imponiendo los maestros sus propias opiniones racionalistas, que no tienen mas fundamento que la autoridad humana altamente *falible*.

El catolicismo, pues, es el único garante de la libertad de conciencia en la sociedad y el único tambien que hace posible la solución del problema de la educación en su parte más esencial, la moral y religiosa. Por tanto, no hay otro me-

dio para la enseñanza que el catecismo, «Código vulgar de la más alta filosofía,» al decir del ilustre Lamartine; superior por sus enseñanzas al *Timeo de Platon* y á la *Metafísica de Aristóteles*, según el libre-pensador Julio Simon, y por cuyo medio se ha realizado casi todo lo que hay de bueno en las sociedades modernas.

Porque al fin, señores, la razón es falible y abandonada á sus propias fuerzas desfallece: un gran hombre y un historiador brillante, M. Thierry, así lo ha confesado: «Yo soy un racionalista fatigado que busca el reposo en el seno del catolicismo, porque una larga observación me ha convencido que *cuanto más se aleja la filosofía del catolicismo, tanto más se aleja de la verdad.*» ¡Qué sublime lección para nuestra juventud racionalista!...

Y si quereis saber, señores, cuál es el uso que el hombre debe hacer de la razón para no degradarse, así en la enseñanza primaria, como en el resto de la vida, oid de nuevo otras palabras de M. Thierry:

«El oficio de la razón es demostrarnos que Dios ha hablado á los hombres por medio de Jesucristo, y una vez demostrado este hecho por la historia, la razón no tiene derecho de discutir, su deber es aprender en el Evangelio lo que Dios ha dicho y creerlo: *este es el más noble uso que ella puede hacer de sus facultades.*»

Aquí teneis, señores, planteado el método católico en la enseñanza y en la vida por un gran genio despues de haber pasado por las amarguras del racionalismo sin fé; y queda demostrado igualmente cómo con la enseñanza del cate-

cismo únicamente, el hombre desde la infancia empieza á ser filósofo sin ignorar nada de cuanto interesa á la humanidad, sin ultraje á la dignidad de la inteligencia, ni á los derechos de la razón.

Qué conclusión, pues, hemos de deducir acerca del racionalismo en nombre de la recta razón?

Que el racionalismo no es la filosofía, ni es un sistema razonable, puesto que la independencia absoluta de la razón humana, principio fundamental del racionalismo, es un solemne sofisma. Porque sofisma es declarar la razón árbitra de la verdad; sofisma el atribuirle el poder de llegar al conocimiento de las verdades que deben ser el patrimonio de la humanidad bajo pena de degradarse; y sofisma el declararla *independiente* por naturaleza, de la autoridad divina é infalible. Más aun; considerado como método, el racionalismo es el envilecimiento de la razón, privándola de esa luz divina que engendró la civilización; es la anarquía del pensamiento, el *judío errante* de la inteligencia y el sistema más expédito para degradar las masas populares, ya imponiéndoles la necesidad de someterse al autoritarismo de unos cuantos pretendidos filósofos independientes, ya obligándoles á abandonarse al más ominoso embrutecimiento, haciendo imposible la institución de más vital importancia para los pueblos, la educación de la juventud. El racionalismo, en fin, es el servilismo de la razón popular. Decidlo sinó, señores, si será resultado de profundos estudios filosóficos ese clamoreo que en ciertas reuniones se oye aplaudiendo al racionalismo y echando

¡mueras! al catolicismo, á la fé de nuestros mayores, al credo de nuestra patria, á la religion que doblégó la barbárie y civilizó las naciones; ó aclamando con entusiastas víctores á los que en un momento de juvenil é impremeditado escepticismo y ofuscamiento acaban de ultrajar lo más sagrado para los pueblos civilizados, afirmando que Jesucristo no era más que un monomaniático y un embaucador?...

Dícese que uno de los oyentes prorumpió diciendo: «*Perdónalos, Señor, porque no saben lo que dicen,*» expresion sublime de esa sublime caridad con que el mismo Jesucristo perdonó á los primeros que le insultaron en aquella misma Cruz que habia de ser el signo de la Redencion del mundo degradado por los desvarios de la *razon independiente*, que hoy nuevamente proclama el racionalismo.

CONFERENCIA SEGUNDA

CRÍTICA DEL RACIONALISMO, SOCIALMENTE CONSIDERADO

« Yo soy un *racionalista* fatigado, que
» busca el reposo en el seno del Catolicis-
» mo, porque una larga observacion me
» ha convencido que cuanto más se aleja
» la filosofía del Catolicismo, tanto más
» se aleja de la verdad.»

EL ILUSTRE HISTORIADOR THIERRY.

I

Señores : El racionalismo al pronunciar su anatema contra la religion católica, olvidando que era el *pensamiento errante*, ha osado estampar por lema de su bandera esta inscripcion, que pareceria sublime si no fuese ridicula : «*Pueblos ! Yo soy la razon soberana y el faro de la verdad que andais buscando.*»

Pero he demostrado, señores, que el principio de la soberanía de la razon es la anarquía y el caos del pensamiento. Quereis que esto mismo lo demuestre en el terreno de la práctica, como

introduccion al espíritu eminentemente anti-social del racionalismo? Voy á hacerlo á grandes rasgos y os convencereis de la ingénuu confesion del racionalista é ilustre historiador Thierry : « El racionalismo está ya fatigado y busca su reposo en el seno del catolicismo porque una larga esperiencia demuestra que cuanto más se aleja la filosofia del catolicismo, tanto más se aleja de la verdad. »

Y en verdad; las escuelas racionalistas son la garantía del error, del pensamiento errante; son escuelas de luchas, de contradicciones y de permanente confusion. Están en continuo movimiento y varian constantemente cambiando de formas como el Prometeo de la fábula. Por eso el racionalismo es la fábula de los tiempos modernos, que ha dado cuerpo y vida á todos los errores antiguos.

Y del permanente desacuerdo de los prohombres de la supremacia de la razon, nacen y se propagan en el seno de las sociedades cultas ese marasmo de perniciosísimas doctrinas sobre las verdades de vital trascendencia para el porvenir de las naciones y de la civilizacion

No contemplais como gimen los pueblos bajo el yugo ominoso de la confusion y oscurecimiento exterminador de las verdades fundamentales acerca de Dios, el hombre y la naturaleza, base suprema de civilizacion y progreso social?

Abramos los volúmenes de los más grandes pensadores racionalistas. Preguntadles cuál es el origen, fin y naturaleza del hombre, y contemplareis un caos de contradictorias teorías.

Unos le presentan arrojado, quién sabe cómo,

á este mundo, y en una vida *primitiva*, sin ley, como el filósofo Kant. Hegel nos dice que el hombre es un desenvolvimiento personal de un Dios impersonal, mientras los naturalistas del racionalismo, como Darwin, Hœckel y Vogt, le hacen descendiente del mono, que perfeccionándose gradualmente ha llegado hasta la civilizacion actual.

Si preguntais por el destino del hombre despues de la muerte, nadie es capaz de deducirlo de las doctrinas racionalistas.

La escuela panteista enseña que el hombre, terminada la vida, cae en el Infinito y en él se disuelve como un grano de sal en un inmenso oceano. Otros le hacen pasar por una série de reencarnaciones y transformaciones indefinidas, y la escuela materialista se degrada hasta afirmar que el hombre nace, vive y muere como cualquier bestia de carga. Todos estos errores son producto del racionalismo, condenados de antemano por el catolicismo.

Existe Dios? Puede ser; responde Kant. Si; añade Fichte y es el órden moral del mundo. Schelling dice que Dios es la identidad absoluta del espíritu y la materia. Hegel, que Dios es la *Idea*, no siendo el mundo otra cosa que la exteriorizacion del Infinito. Por fin, los materialistas niegan en derecho la existencia de Dios, afirmando que el mundo no es más que un efecto del acaso ó el trabajo de simples combinaciones de fuerzas; mientras que los deístas, para el caso que exista Dios, niegan su Providencia, abandonando el mundo á la fria fatalidad.

Dónde, pues, está la verdad? El racionalismo

no puede decidirlo, porque la razón, declarada juez supremo, es la que ha dictado esas contradicciones.

No es, por tanto, en el campo racionalista efecto necesario de la supremacía anárquica de la razón el oscurecimiento de la verdad? No son las tinieblas intelectuales?

Y del oscurantismo y de la imposibilidad de disiparlo nace el escepticismo, y del escepticismo esa mortal indiferencia y caos impenetrable acerca de las verdades más trascendentales é importantes para el espíritu humano.

Pero hay más, señores; del oscurecimiento de estas verdades fundamentales resulta la abolición de toda moral privada y social y del derecho público.

El racionalismo es eminentemente reo de lesa sociedad, es anti-social; porque conmueve el fundamento de toda moral y de todo derecho, base indispensable de la sociedad; y base de la moral y del derecho es el orden establecido por Dios, del cual resulta el triple catálogo de nuestras relaciones para con el Sér supremo, nuestros semejantes y nosotros mismos. De donde se deduce que para ser posible la moral y el derecho social es necesario el acuerdo común 1.º acerca del orden establecido por el Criador; 2.º acerca de las relaciones y principios de justicia que de él dimanar; y 3.º acerca de la sanción natural contra su violación.

Y será posible este acuerdo entre los racionalistas? Fortuito, bien puede ser; pero jamás legítimo, porque sería un atentado contra la soberanía de la razón individual; y entonces

toda la fuerza de la moral y del derecho social vacila, viene á tierra y se hunde.

Si no se quiere creer en mis deducciones, échese una mirada por los países donde se vá estendiendo el racionalismo, y se verá con que espantosa rapidez se van la moral y el derecho desapareciendo y corrompiendo. Mirad los estragos del socialismo y del comunismo, de la moral del interés y del placer, con el aumento creciente de la corrupción y del materialismo, la criminalidad espantosa que no encuentra otro dique que la fuerza bruta de la gendarmería, cárceles y penitenciarias.

Por tanto ¿no es un sistema altamente anti-social el que, como el racionalismo, ha abolido la base de la moral y derecho público y enflaquecido la conciencia de los pueblos? No es eminentemente pernicioso para la civilización y el progreso social y humanitario? No es un deber de sagrado patriotismo desenmascararle y denunciarle en toda su fealdad para desterrar del seno de los pueblos que marchan hácia su perfección, esa rémora perniciosísima de todo progreso y estabilidad social?

II

Incompatibilidad del Racionalismo con la sociología

Vamos á examinar fundamentalmente la incompatibilidad del racionalismo con la sociología.

No ignorais, señores, que constituye la *Sociología* el conjunto de conocimientos basados en

el orden moral y social relativos á la humanidad para la resolución del problema por excelencia «la constitución de un estado social que conforme con la naturaleza y dignidad del hombre le conduzca á su destino sublime, cual es su perfeccionamiento bajo el aspecto físico, moral, intelectual y religioso.» De él depende la suerte de la civilización y progreso de los pueblos.

El hombre, señores, está destinado para vivir en sociedad; su estado natural es el social. Indicado así su propia naturaleza : teniendo por ley suprema la *perfección*, la debilidad de las fuerzas individuales requiere necesariamente el mútuo auxilio de sus semejantes; y esto exige el estado social.

Para que los individuos puedan vivir en sociedad es necesario un orden que establezca las relaciones mútuas, atendida la naturaleza del hombre y su fin. Este orden es el moral, base del orden social, y se distinguen entre sí en que el primero no pasa los límites de la conciencia mientras que el segundo dice relación á la manifestación externa de la actividad humana. Así, pues, el intento del Creador al destinar el hombre á vivir en sociedad, es que la acción de ésta facilite á los individuos asociados la consecución de su bien y perfección. Este bien consiste en la observancia del orden moral, respecto del cual no puede extenderse la acción social sino á lo exterior de los individuos.

De donde se deduce esta consecuencia fundamental de sociología; que : el fin inmediato de la sociedad es que ella en las leyes con las cuales defiende los derechos, en las penas con que

castiga á los violadores del orden, en los estatutos con los cuales promueve el bienestar material y la cultura de las inteligencias y de las voluntades y en todo su organismo político, uniformándose al orden establecido por el Creador facilite exteriormente á sus miembros la observancia del orden moral ó perfección intrínseca del hombre, pues no se concibe un orden social que facilitase y tendiese al desorden moral.

Luego la sociedad es imposible sin uniformidad de fin en los asociados y comunidad de medios para el logro del bien común.

Introduzcamos ahora en el orden social el principio de la soberanía de la razón. Es posible entonces el orden social? De ninguna manera.

Declarada la razón individual soberana independiente, cada asociado es libre para proponerse el bien que más le agrade : no puede haber en tal sociedad comunidad de fin supremo, que modere las relaciones sociales. Y como el fin entre seres racionales es lo que dá norma, regla y unidad á la acción común, faltando en la sociedad la convención y unión en el fin, la asociación es moralmente imposible ; y más aun; la sociedad sería el mayor de los atentados contra la libertad individual.

Es, pues, incompatible el orden con el principio de la supremacía de la razón. Solo son ordenables los que están sometidos á una regla y norma común : en nuestro caso los individuos son todos soberanos independientes y su ordenación es naturalmente imposible.

Qué es, señores, una sociedad sin Constitución, sin principios sociales? El caos, la anarquía permanente, el sistema desquiciador del individualismo.

La Constitución de un pueblo es su credo político y social y ¿puede tenerlo el racionalismo que proclama la soberanía de la razón individual? La constitución sería un absurdo y un atentado de lesa-libertad. El verdadero sistema social del racionalismo es el sistema más anti-social: el *individualismo absoluto*.

El racionalismo es más aun: es el enemigo por excelencia de la democracia, porque siendo esta el reinado de la libertad, como esta es imposible sin el orden y el orden social es imposible sin un credo de principios fundamentales, que no puede tener el racionalismo; síguese evidentemente que semejante sistema es por excelencia anti-social; es el desorden y la anarquía permanente erigida en principio social.

III

El racionalismo sin embargo no puede renunciar á vivir en sociedad. Cómo sistematizar ese orden? Contentándose con un *modus vivendi* como se haría entre seres irracionales de instinto vario.

Y cómo podrá obtener el racionalismo esa vida social? Con el sistema más ominoso para la dignidad humana; el de la fuerza y del castigo. Así lo ha establecido Kant con su principio salvaje de la *coexistencia*. Siendo el hombre

soberano independiente, dice, su libertad externa es ilimitada; mas si todos obrasen según el capricho de su ilimitada libertad, el choque de los unos con los otros sería continuo y no pocas veces terrible, y no pudiendo la razón humana tolerar este desorden, dicta á los hombres el principio social siguiente: *que se debe restringir la libertad de cada uno de modo, que pueda tener lugar la libertad de los demás*. Este es el principio fundamental de la sociedad, llamado por Kant, de *coexistencia*. Mas este principio, señores, es la más flagrante contradicción. Afírmase la libertad externa *ilimitada* en nombre de la razón y á renglón seguido se dice que la razón no puede tolerar el *desorden* que necesariamente resulta de ese principio. Kant era un gran génio y vedle obcecado por el racionalismo.

Pero además, señores, entre individuos de libertad externa ilimitada, para obtener la ejecución del principio de coexistencia es necesario crear de comun acuerdo una fuerza pública, cuyo objeto sea proteger su observancia castigando con la pena á los que á él faltan en daño de la libertad ajena. Esta fuerza pública es el *Estado*, creación raquítica del sistema racionalista, pues no se presenta con la aureola de un principio moral que obligue la conciencia, sino con el garrote de la fuerza pública en mano.

Hé aquí la filosofía social del racionalismo: limita al hombre la libertad ilimitada que le había concedido largamente y como por escarnio le obliga á ponerse bajo la férula de un gendarme público en actitud siempre amenazadora para castigarle, precisamente cuando haga uso

de esa libertad personal que se declara ilimitada é inalienable.

El verdadero sistema social racionalista debiera ser el individualismo, pero por una contradicción viene á parar al DESPOTISMO *social*, al *Dios-Estado*.

Después de haber cacareado tanto el principio de la independencia soberana de los individuos, los entrega con el envilecimiento del esclavo á la férrea mano del Estado para que los gobierne á su voluntad.

Para obviar la anarquía destructora del individualismo en la sociedad, el racionalismo recurrió á ciertas ficciones jurídicas. Rousseau inventó el *pacto social ó voluntad general*; Kant la *razon autónoma*; Hegel la *soberana manifestacion de la voluntad divina*: tres títulos que dan, á quien los lleva, un poder soberano, independiente y sin límites. Este ser es el Estado. Al Estado, pues, pertenece determinar los derechos, establecer los deberes, disponer de las personas y de las cosas, porque es quien debe definir los límites dentro de los cuales debe contenerse el ejercicio de la libertad individual. Y como en su acción el Estado representa la soberanía de los asociados concentrada, no habrá otras normas en sus leyes y en sus órdenes que la voluntad y el capricho del Estado, en lo cual consiste el más ominoso despotismo.

En el sistema social dictado por la sana razón, la ley eterna de lo recto y de lo justo es la que regula á gobernantes y gobernados. Puede ser más absurdo el racionalismo?

Pero hay más: para que el Estado tenga una

aparición de representar la *voluntad popular*, ha inventado el racionalismo el *sufragio universal*; pero siendo moralmente imposible que todos los sufragios recaigan sobre el mismo candidato, se establece que en caso de discordia venza la *mayoría*; esto es, la fuerza del mayor número. De donde se deduce sin embargo que los elegidos que componen el Estado gobernante, representan en todo supuesto la voluntad de los más y no la *voluntad universal ó popular*. Acaso deberá creer la vencida minoría estar representada por la voluntad de la mayoría vencedora contraria y opuesta á la suya? Sería una pretensión ridícula. La parte vencida mal se acomodará á las decisiones de la vencedora: de aquí se trabarán perpétuas luchas y debates, ora pacíficos, ora violentos. Que será, pues, un Gobierno fundado sobre el principio racionalista? Un Gobierno de luchas y de revoluciones. Y en efecto, señores, ¿qué otra cosa demuestra el sábio Cantú, en su Historia de cien años, sinó el estado de revolución permanente de los pueblos, y lo estamos viendo nosotros, en los últimos cien años desde la entronización del principio racionalista en las constituciones modernas?

Hé aquí los tres graves inconvenientes que el sistema racionalista ha implantado en la sociedad; individualismo, despotismo y rebelión, de una manera permanente.

No estaremos, pues, autorizados para proclamar que el racionalismo es eminentemente anti-social y la rémora más colosal para los pueblos que tienden al perfeccionamiento político y social?

IV

Una postrer reflexion. La sociedad en el sistema racionalista no puede ser más que una institucion de invencion y creacion humana y *esencialmente voluntaria*; no puede ser de creacion natural, puesto que en el racionalismo, que se las echa de tan racional y eminentemente filosófico siendo todo lo contrario, la voluntad está en lugar de la razon, *stat pro ratione voluntas*; la sociedad racionalista es lo que quiere y no lo que debe ser segun el derecho natural. La ley es una ordenacion de la razon, y como la razon individual es independiente, no puede imponerse norma alguna social, como ley, si previamente no se quiere aceptar. Luego las leyes sociales segun el racionalismo no pueden tener otro origen que la voluntad y esta solo del mayor número: principio de consecuencias eminentemente inmorales, puesto que para ser ley una norma social basta que sea votada por el mayor número, aunque sea en sí misma injusta, inicua é inmoral; queda condenado el derecho de la resistencia *pasiva* en el individuo y de la resistencia *activa* en la sociedad contra las leyes injustas é intrinsecamente malas, derecho sin embargo que es la única salvaguardia contra el despotismo y la tiranía de los Gobiernos.

El racionalismo, por tanto, es el *servilismo social* por una parte y la *demagogia* por otra: porque autoriza el atentado de las mayorías y somete las minorías bajo el yugo servil del mayor número.

En fin, señores, el racionalismo en virtud de la independencia y soberanía de la razon es la sancion de toda anarquía, como de todo despotismo y de todos los crímenes sociales; es el principio más subversivo é inmoral que haya podido proclamarse en el seno de los pueblos civilizados. Todo lo santifica y legitima, el error y la verdad, el bien y el mal: la razon individual es para él soberanamente independiente.

Por eso jamás he contemplado mayor absurdo en los anales de la historia de la filosofía: es la síntesis de todos los errores posibles; y el Protestantismo que ha admitido el libre exámen en el órden religioso, ha producido todos los errores posibles en Religion, como en filosofía el Racionalismo.

No se diga, señores, que habiendo hecho la razon bellísimas conquistas en los tiempos modernos en el órden científico y literario, prueba cuán progresista es el racionalismo; porque el racionalismo no es la razon, como no es la filosofía; la razon no se declara independiente de la verdad, ni soberana absoluta: esto es un error; y este error, no la razon, es el Racionalismo.

Hé aqui, señores, porque el racionalismo criticado y examinado bajo el aspecto social resulta tambien ser el sistema más anti-humanitario que recuenta la historia de la filosofía. De él emanan como consecuencia necesaria el individualismo absoluto, el despotismo del Dios-Estado, la rebelion permanente ó anarquía social, la demagogia y el servilismo político.

Cómo, pues, no ha de ser indigno de las naciones cultas y civilizadas? La tumba del racionalismo será la resurreccion del órden y los

racionalistas fatigados de no encontrar la verdad en su sistema, vendrán á reposar en el seno del Catolicismo, que ha tenido la gloria de civilizar todos los pueblos que hoy dignifican el progreso.

El Catolicismo, de un todo conforme con la filosofía espiritualista, como en otra conferencia lo hemos de probar detenidamente, funda el orden social más digno que ha contemplado la humanidad. Haciendo sagrada é inviolable la personalidad humana, proclama que en virtud de la igualdad, ningun hombre puede mandar á otro hombre. De donde deduce que *todo poder viene de Dios*. El hombre no es esclavo de ningun soberano; lo es solo de la ley, que no es la espresion de la voluntad del sufragio de las mayorías, sinó de la justicia eterna. El orden social está preestablecido por Dios y por eso ni obligan las leyes injustas, ni merece obediencia el tirano, que es todo aquel que no gobierna segun justicia. El Estado para el catolicismo es un poder moral, no una convencion humana.

El condena del mismo modo el despotismo y la demagogia y no respeta sinó la justicia. Frente á un poder tirano y despótico, pone en boca de los pueblos: « Antes se debe obedecer á Dios que á los hombres. »

Y esto enseña el Catolicismo, no como meras teorías, sinó como dogmas sublimes; y mientras el racionalismo no puede dar bases á la sociedad porque proclama la independendencia absoluta del pensamiento y de la razon, planteando así la anarquía permanente, el catolicismo pone bases sublimes é inquebrantables para el orden social.

Cuán sublime es el Catolicismo !



« Fuera del Cristianismo llegaremos á
 » una disolucion de las costumbres y de
 » la moral, sin ejemplo en la historia de la
 » humanidad; á una de esas disoluciones
 » que son como el sepulcro de las nacio-
 » nes. »

DISRA ELL.

I

Señores : Hay en la historia una página de fatídico recuerdo llamada el *Filosofismo*. Era la incredulidad representada por Voltaire y demas Enciclopedistas del siglo XVIII.

De él nació el Racionalismo, ese sistema al cual pertenecen, segun Disraeli, aquellos que en nada creen porque tienen por norma su propia inspiracion y capricho; aquellos que sustituyendo á la fé una nécia incredulidad, á los titulos y tradiciones de la verdad el desbordamiento de las pasiones humanas, tienen ya señalado su paso con las revoluciones; partido

que ha producido cuanto podia producir: el despotismo, la destruccion y la muerte en medio de la ruina de los Gobiernos y de la justicia, de las naciones y de las leyes.

Pues bien, señores: ese partido que hoy está germinando entre nosotros para mengua de la civilizacion, porque ha degradado la conciencia de los pueblos con el virus de la incredulidad y desbordamiento de las pasiones, ha osado presentarse como el redentor de los pueblos y proclamarse á sí mismo: «Yo soy la moral universal y la religion pura que ha de dignificar á las sociedades degradadas por el ultramontanismo, por la moral y la religion reveladas, por el fanatismo y el oscurantismo católico.»

En este momento, señores, no vengo á ocuparme de la historia del embrutecimiento, nécia incredulidad y disolucion de costumbres engendrados en el seno de los pueblos civilizados, por esa pretendida moral universal y religion pura: sus páginas son nefandas, criminales y bochornosas.

Basta recordar los anales del 93 y de su reproduccion en diversas épocas y países, escenas horrosas que no tienen ejemplo en los fastos de la antigüedad.

Vamos á considerar esa moral universal y esa religion pura del sistema racionalista en su principio y en sus consecuencias, para que os convenzais que el racionalismo no por abuso sinó por rigor lógico y práctico de sus doctrinas es el sistema más expedito para la corrupcion y degradacion moral y religiosa de las sociedades.

El racionalismo, señores, despues de haberse dado él mismo la patente y credenciales de reformador tanto del hombre individual como de las sociedades y de haber encontrado los títulos perdidos de la dignidad del hombre con su principio de la razon independiente, consagró sus pensamientos de reforma á la moral y á la religion.

Propúsose resolver este trascendental problema: «Si se debia y qué religion se debia profesar.»

Y le resolvió, señores, cómo debia resolverle. Aplicó el principio fundamental de la supremacia de la razon individual y dió la siguiente solucion de la cual se gloria.

«Profése el individuo aquella moral y aquella religion que le dicte la razon ó la conciencia individual, si esta le propone alguna: mas el Estado á fin de no ofender la libertad de las conciencias individuales debe ser indiferente ó *legalmente* ATEO» y fué creacion del racionalismo el principio más inmoral en política, el *Estado sin Dios* y el *Estado sin moral pública*. Máxima tan nefanda, que los mismos filósofos paganos la desmintieron, como quiera que el gran Platon afirmó: «En toda república bien ordenada el primer cuidado debe ser establecer en ella la verdadera religion.»

El racionalismo por tanto proclamó no el sagrado derecho de la libertad de conciencia, sinó el absurdo principio de la pluralidad de cultos, y esto lo proclamó como una gran conquista para la civilizacion, mientras es su mayor rémora y el principio más antisocial que pudiera

escogitarse porque es la destruccion del principio religioso como base social, principio sin el cual, segun Ciceron, es imposible la sociabilidad y la justicia comun.

Ese gran político y hombre de Estado, Disraeli, que contempla la marcha de las sociedades, no desde una cátedra de Derecho, ni desde un Estudio de abogado, sino desde las alturas del primer Gabinete de Europa, ha proclamado ante los pueblos civilizados, que con el sistema racionalista «*llegaremos á una disolucion de las costumbres y de la moral, sin ejemplo en la historia de la humanidad, á una de esas disoluciones que son como el sepulcro de las naciones.*»

Esa tumba, señores, vemos abierta para el porvenir de nuestra patria, si en áras del más acendrado patriotismo no rechazamos los amagos del racionalismo invasor, que bajo el mentido lema del más hipócrita puritanismo pretende avasallar la religion y la civilizacion del pueblo uruguayo.

Protesto, señores, que no creo en el triunfo de los enemigos de la fé; tengo en mi pró diecinueve siglos de persecuciones horribles pero frustradas: y en presencia del movimiento y reaccion del catolicismo por todas partes, á pesar de las furias de nuestros enemigos, tengo la más íntima conviccion de que se cumplirán las palabras proféticas del inmortal Pio IX: «*La Revolucion morirá ahogada bajo la pesadumbre de sus propios crímenes.*»

Protesto tambien, señores, que al impugnar el racionalismo, no vengo á impugnar ni la razon, ni la filosofía, que es eminentemente espi-

ritualista y tan conforme con el Catolicismo, que el Concilio Vaticano, asamblea la más admirable de los tiempos modernos, despues de haber condenado en nombre de la revelacion todos los errores condenados por la filosofía espiritualista, declaró solemnemente *ser imposible que exista contradiccion entre la fé y la razon.*

II

Hecha esta salvedad continuemos en la crítica del racionalismo bajo el aspecto moral y religioso, examinando filosóficamente su pretendida moral universal y su religion pura, que es el más intolerable sarcasmo en boca del racionalismo.

Kant, señores, que es el gran hombre y el *santo* del racionalismo compuso un libro con el título de: «*La religion dentro de los límites de la razon pura.*» Y en qué consiste esa religion de la razon pura?

Hé aquí su respuesta: «*En la pura moral natural, ya que si se apoyase sobre la revelacion no sería universal.*» Y el racionalismo creyendo haber dicho la última palabra en materia de moral y religion, proclama ese principio de su augusto pontífice alemán, como la panacea universal y el antidoto de ese veneno corrosivo de la humanidad, el fanatismo y la degradacion. Jamás he contemplado un principio más decantado, pero tampoco ninguno más ridículo, ni de más funestas consecuencias.

Veamos cómo le desarrolla Kant. La *moral pura* constituye la *verdadera religion*. Sed pro-

bos y sereis religiosos. La moral pura es cosa universal; la religion revelada no lo es.

Por otra parte la religion es un deber universal; luego no puede subsistir sinó en la moral pura.

De donde esplicitamente se deduce la exclusion absoluta de la religion revelada, del dogma y del culto externo. El catolicismo, por tanto, como religion revelada ó *positiva*, es una falsedad; los dogmas que propone para creer son agenos á la verdadera religion, no pueden admitirse, y el culto externo que practica es una cosa indigna; en una palabra, toda religion *positiva* es fanatismo, abyeccion y abdicacion de la dignidad humana, solo posible por el oscurantismo de los pueblos.

Hé aquí la filosofia moral y religiosa de Kant, que por desventura está sirviendo de credo político y social á esos legisladores pseudo-liberales que proclaman la abolicion de la religion de Estado, el ateismo social, debiendo en las escuelas eliminarse la enseñanza religiosa y mantenerse solamente la de la moral pura.

Kant por consiguiente pone la esencia de la religion y de la moral en la universalidad ó en cuanto es cosa *universal*. Pero ¿cuál es la norma ó los principios reguladores de las acciones humanas segun el sistema racionalista?

Si no ha de contradecirse negando el principio fundamental de la supremacia de la razon individual, debe confesar que los principios reguladores de las acciones humanas con relacion á la moralidad y al culto religioso son aquellos que sean juzgados como tales por el juez su-

premo de la razon práctica individual. Pero como en el racionalismo hay anarquía de pensamiento y de opiniones, en virtud de la independencia de la razon individual, acerca de los principios fundamentales sobre Dios, la naturaleza y el hombre, base necesaria para establecer sólidamente las relaciones morales y religiosas del hombre con la divinidad; es consecuencia lógica, evidente é inevitable que en moral y en religion debe haber diversidad de opiniones y no universalidad ni conformidad de principios. Y sinó ¿quién es en el órden natural que pretenda ser infalible?

Luego, señores, el argumento racionalista que repele la moral y religion positiva ó revelada porque no siendo *natural* y *pura* no seria *universal*, es á todas luces contraproducente; antes bien, prueba la necesidad de la revelacion el caracter de *universal* que segun el racionalismo debe tener la moral y la religion de la humanidad. En efecto: dice el racionalismo, que no es verdadera religion aquella que no puede ser universal; pero como la moral y la religion natural en el sistema racionalista no puede ser *universal* en sus principios, por la libertad absoluta de la razon individual, síguese que no puede constituir la verdadera moral ni la verdadera religion, que es una y universal y no *múltiple* como sucede en el racionalismo; ya que la autoridad humana no puede erigirse en juez para decidir qué sistema es el verdadero, cuando proclama que la razon individual es soberana.

Ahora bien, señores, solo la autoridad divina tiene derecho á ser acatada y á decidir entre los

infinitos sistemas que puede idear la razón individual: luego sólo la autoridad de Dios manifestada por revelación ó solo la religión revelada puede ser universal é idéntica para todos, porque comprende la razón humana que solo la razón divina no se equivoca, ni puede querer engañar á la razón humana.

Hé aquí, señores, al racionalismo condenándose á sí propio y demostrando que el principio católico de la revelación no solo es legítimo, sino necesario, si se quiere para la humanidad una religión y una moral universal que legítimamente pueda reputarse como tal y pueda servir de norma á todos los hombres.

Bien sé, señores, que Kant habla de una moral basada en la justicia y que el motivo debe ser tal que pueda servir de norma á todos los seres inteligentes y libres; pero esto es no decir nada, ni resolver el problema. En qué consiste la justicia, y cuál es ese motivo universal?

La razón individual, que el racionalismo declara suprema é independiente, es quien lo ha de resolver y entonces para unos la norma de las acciones será el interés, para otros el placer, para varios el sentimiento ó una pasión predominante ó la pasión del momento y hé aquí que sin dejar de ser racionalista, y con mucha consecuencia, el utilitario dirá que justo y moral es lo útil; para el epicúreo y el sentimentalista, lo conforme al instinto fatal, etc., como han enseñado Hobbes, Volney, Larocheffoucauld, Shaftesbury, Butler, Hume, Smith, etc. Siendo por consiguiente, según el racionalismo, moral pura y religión pura la que cada cual le parezca me-

yor, que equivale á justificar y legitimar toda inmoralidad y toda clase de fanatismo. Puede haber sistema más absurdo, diré más, tan inmoral, supersticioso, fanático y subversivo como el racionalista? Lo dudo, señores, porque jamás he encontrado en la historia de la filosofía cosa semejante.

III

En cuanto á la religión práctica no puede ser más funesto el principio de Kant. Siendo necesario, según él, para promover la moral una forma sensible de creencia eclesiástica, enseña que se debe sacar partido de la forma eclesiástica existente, cualquiera que ella sea, armonizándola con la moral racional pura; y en cuanto á la creencia evangélica, dice no ser cosa difícil el purificarla de cuanto contiene de impuro, por medio de la filosofía racional y la erudición bíblica.

Pero esto, señores, es lo sumo del ridículo; venirnos el filósofo de Kœnisberg con la pretensión de que desechemos la autoridad divina de la revelación, para someternos á la suya, que sin duda creará ultra-divina!... Y no contemplais acaso á esos pretendidos filósofos independientes, que bajo su palabra *augustísima* nos proponen por modelo su moral y religión, que al fin viene á ser la que mejor les agrada, cubriéndonos de anatemas porque no abandonamos lo que ellos autoritariamente apellidan fanatismo católico, jesuitismo, ultramontanismo, inquisición, clericalismo y oscurantismo?

Ya creo, señores, que es pasado el tiempo del filosofismo! La ilustracion no tolera sinó cubriendo con el ridiculo tamaño autoritarismo y tan insulsas pretensiones.

Y es cosa sumamente digna de severa reprobacion la conducta que viene observando entre nosotros el racionalismo, ese cacareado palenque de la libertad. No debe haber religion del Estado: no queremos religion privilegiada, sinó que cada religion se mantenga como pueda. Y esto porqué? Porque así lo impone la razon *autónoma* é inapelable del racionalismo. Cada cual tiene derecho á pensar como mejor le dicte su propia razon, y porqué el Estado, la Nacion no ha de poder consignar en su Constitucion, en el Credo de sus principios politicos y civiles: « Mi religion es la religion católica, por quien fui civilizada y á quien eternamente deberé el no ser una tribu salvaje?» No, responde el racionalismo; no queremos religion *privilegiada*. Pero la Pátria tiene derecho á responder: no es privilegio tener lo que es mio; es derecho de propiedad: si así no fuera, tampoco deberiamos tener forma de Gobierno privilegiada. ¿Porqué hemos de dar privilegio á la república, cuando tambien la monarquía constitucional es una forma legitima de Gobierno?

Pero ya veis, señores, que semejante pretension es sobrado impertinente y ridicula por demas.

Otra imposicion desearia implantar el racionalismo y con suma injusticia: debe abolirse de las escuelas del Estado la enseñanza de la religion católica y permitirse solamente la moral

universal y la religion pura. Y porqué, señores? Porque así place á la razon *autónoma* y porque no debe emplearse el dinero del pueblo en privilegio de una religion positiva en la cual varios padres no creen; ademas seria ultrajar la conciencia de la juventud inexperta.

Qué responderemos? Casi no merecen respuesta semejantes atentados contra el sentido comun y la dignidad nacional. Y en primer lugar ¿cuándo ha autorizado el pueblo uruguayo á la Direccion de instruccion pública para decidir qué religion y qué moral es la pura? Aca-so será la natural? Pero el panteísta dice que su moral y su religion es la pura: así lo pretende el deísta; el sensualista; el materialista; el utilitario; etc. Y entonces para no ultrajar la libertad y el derecho de conciencia individual, vendriamos á parar en que no debe enseñarse moral ni religion alguna y más bien que escuelas de moral universal podrian llamarse templos de libertinage universal y *harems* de la juventud.

En cuanto al empleo del dinero del pueblo en favor de la enseñanza religiosa positiva y de maestros y maestras religiosos, advertiremos al racionalismo que tenga más cuidado en no usar argumentos contraproducentes. No emplean ellos el dinero del pueblo para imponerle un sistema opuesto á sus creencias en los establecimientos nacionales de enseñanza, inclusa la Universidad? Ah! cuántos años los católicos han estado y están costeadando con su dinero la propaganda del racionalismo y de lo que él llama religion y moral pura?!... Esté seguro el racio-

nalismo que la religion católica no es privilegiada porque es nacional.

IV

Funestos resultados del principio de coexistencia aplicado á la moral y á la religion.

El racionalismo, señores, proclama como principio supremo de gobierno el principio de *coexistencia*, en virtud del cual el poder civil no puede prohibir cosa alguna que no ofenda la libertad de los demas. Con esta sola salvedad, en el órden moral y religioso cada individuo es absolutamente libre de hacer lo que mejor le plazca; principio eminentemente inmoral, pues garante la inmoralidad, el fanatismo y la incredulidad pública en el supremo grado de abyeccion. No calumnio, señores: juzgado vosotros mismos. Si el hombre puede hacer lo que mejor le plazca, con un derecho que se proclama sagrado, con tal que no ofenda la libertad ajena, la autoridad social no podrá castigar los simples conatos de homicidio, de suicidio, de raptó, de incendio; lícita será la embriaguez, la blasfemia y el insulto á toda religion; lícita la disolucion voluntaria del matrimonio; lícito el asesinato cometido con consentimiento de la victima, santo el derecho de la prostitucion, legitima la poligamia, el culto de la impúdica Vénus, y toda abominacion ó infamia, con tal que provenga de mútuo consentimiento ó espontánea deliberacion. Como ninguno de esos actos, por infames é inicuos que sean, ofenden la libertad de

los ciudadanos, el Estado no solo debe tolerarlos sinó tambien protegerlos, puesto que emanan del ejercicio de la libertad individual sin ofensa de la ajena. Luego el Estado debe dejar que la moralidad sea ultrajada impunemente. Y en realidad, los racionalistas que se atienen en rigor á las reglas de la lógica y tienen el valor de ser consecuentes confiesan ingénuamente que eso es lo conforme á derecho y que el Estado no puede condenar ó sujetar á penas ni el divorcio, ni la poligamia, ni el incesto, ni la embriaguez, como quiera que tales actos no ofenden la libertad de los demas.

No es esto, señores el mayor baldon del siglo de las luces? No es el más inmoral de los sistemas, si tan degradantes consecuencias trae consigo? El desórden político, el desórden civil, el desórden moral y religioso serian el fundamento del órden social: de manera que la sociedad racionalista no es otra cosa que la *sociedad del desórden y de la inmoralidad*: este es su más bello timbre. Por eso, señores, tiene en honor la prostitucion y maldice como estúpido fanatismo el celibato religioso: son para él una necesidad social las casas de prostitucion y una gangrena, una peste las Hermanas de Caridad, esos ángeles de la tierra.

¡Ay de la humanidad, señores, el dia en que el racionalismo fuese la norma de las relaciones sociales: desaparecería de la faz de la tierra hundida en el cieno de la inmoralidad y en el caos de la más espantosa anarquía!

Observad ahora, señores, lo ridículo de las pretensiones del racionalismo al augurar la

destrucción del catolicismo sustituyéndole por *la moral del deber*. La religion del porvenir, dicen, es *la religion del deber*.

Mas, cómo puede tolerarse semejante sarcasmo en boca del racionalismo? No habeis visto que es impotente para determinar la *verdadera moral del deber*? Quién nos ha de enseñar en qué consiste ese *deber*? La razon individual é independiente.

Pero entonces, entre los infinitos sistemas de moral, quién decidirá cuál es el verdadero? Nadie puede hacerlo y nos quedamos con que la palabra *deber* es una *quimera* en el campo racionalista; el panteista dirá una cosa, el materialista otra y otra muy diversa el epicúreo y el utilitario. Pero todos dirán que cumplen con su deber.

Cómo se explota la buena fé de los pueblos! Se pronuncia el nombre sagrado y sublime del *deber* y despues se dice: « Hé ahí la verdadera moral y la verdadera religion. » Y como los pueblos civilizados han sido educados en la escuela del cristianismo, toman esa palabra en su significacion *espiritualista* y *cristiana*, muy diversa sin embargo del sentido racionalista, que como hemos probado significa y no puede ser otra cosa que el *capricho* y opinion individual, esto es, la moral arbitraria de hacer cada cual lo que mejor le parezca, principio el más inmoral y que sanciona toda clase de atentados y crímenes. Y puede esto ser la religion del porvenir?

Por ventura no existe en la actualidad sociedad alguna plenamente regida segun la norma del principio de *coexistencia*; pero tenemos las

sociedades gobernadas por el liberalismo revolucionario anticatólico, que tiende á implantar en las Constituciones ese malhadado principio y por eso caminan á pasos agigantados hácia la inmoralidad y la disolucion social.

Examinad sinó su marcha: Abandonado y olvidado el órden moral como principio regulador, en obsequio de la independencia absoluta de la razon individual, los gobernantes y los gobernados se arrojan con todos sus esfuerzos á la adquisicion de los bienes materiales con prescindencia de la moral. El deseo de enriquecerse y de gozar se muestra cada dia más insaciable y universal: el dios universal es el dinero. Impuestos sin medida, soldados sin cuento, cárceles, multas y destierros. Las discordias entre las mayorías y las minorías, las luchas y las revoluciones se han multiplicado tanto en este siglo, en que ha comenzado el principio racionalista á echar raices en los pueblos, que la parte principal de su historia es la de las caidas de los partidos y de las revoluciones. Los gobiernos hacen el papel de gendarmeria y no representan un poder moral; falta la sociedad de principios sólidos y comunes, no existe espíritu público sinó la opinion pública. Las leyes no representan derechos fundados sobre principios inquebrantables, sinó en la voluntad de las mayorías. La amplísima libertad de comercio y de industria está monopolizada por el egoismo de los grandes capitalistas y de los grandes industriales en daño y opresion del obrero: por eso toma creces espantosas el pauperismo, se aumentan las huelgas, se debilitan

los brazos á causa de la inmoralidad creciente y del miserable alimento con que se ven obligados á sustentarse los obreros y operarios; las quiebras fraudulentas y casuales se aumentan y el crédito vá espirando. Y todo esto de dónde proviene? De la estension creciente de la inmoralidad é incredulidad engendradas en los pueblos por el principio perniciosísimo del embrutecimiento de las masas populares, ocasionado por el dogma sagrado del racionalismo de formar las sociedades sin conciencia, sin moral y sin religion, abandonando el individuo á su propio capricho, legitimado por la soberanía absoluta de la razon individual.

V

Qué valen, pues, ante este espectáculo, los nombres sonoros de civilizacion y progreso, con que pretende revestirse el racionalismo? La estension del comercio, la facilidad de los cambios, los inmensos capitales, la invencion del telégrafo, las múltiples aplicaciones del vapor, las máquinas, las inmensas oficinas de obreros, el lujo de los vestidos y de los edificios, la elegancia de las modas y de los muebles, ¿constituyen acaso el verdadero progreso y la verdadera civilizacion? Jamás. Todo eso solo crea el lujo de la miseria y una culta barbárie, como lo indican el pauperismo asombroso de nuestros dias y la inmoralidad y desórden social siempre crecientes: Los templos del racionalismo son los teatros, cafées, billares, casas de juego, etcétera.

Maldito progreso y maldita civilizacion si no ha de producir el mayor bienestar con la mayor moralidad é ilustracion posibles para el mayor número posible. En esto solamente consiste el bien público y social, el progreso y la civilizacion.

Pero si tan inmensos males produce en las sociedades el racionalismo dominante ¿qué sucederia si su principio fundamental fuese aceptado en toda su estension por el Estado y los pueblos?

Juro, pues, en áras del amor á la civilizacion y al progreso de mi pátria querida, combatir en el terreno de la legitimidad el racionalismo, porque es indigno de la santa causa del progreso y civilizacion de los pueblos. Dícelo así la filosofia, la sociología, la moral y la religion, y confírmalo por desgracia la historia de la humanidad.

Una critica sobre la conducta del racionalismo en el terreno de la discusion y termino. Su conducta es antifilosófica; ataca al catolicismo por los abusos que hayan podido cometerse en su nombre, pues eternamente invocan las versiones corrientes sobre la inquisicion, la San Bartolomé, cuentos contra los Papas, calumnias contra los curas y los religiosos, etcétera. Esto es á todas luces absurdo y es un sofisma llamado en lógica, sofisma de accidente, *se juzga de una institucion por sus abusos y no por sus principios ó dogmas*. Supóngase cierto todo lo que se dice cometido por eclesiásticos ó seglares católicos,

¿se seguiría de ello que lo es el catolicismo? Si así fuera, ninguna institución podría defenderse: no los tribunales de justicia, porque han existido jueces prevaricadores; ilegítimo el poder público, porque tiranos y demagogos han abusado de él; y en fin, nociva la filosofía, porque no hay error que no haya pretendido los honores de sistema filosófico. Una cosa es *abusos EN el catolicismo* y otra *abusos DE el catolicismo*, lo que sin embargo confunden los racionalistas. El Catolicismo solo es responsable de lo que se haga en virtud de sus principios, de sus dogmas.

Por eso yo he criticado el racionalismo en su principio fundamental y de él he sacado las teorías que inmediatamente se deducen, y no me atengo á la conducta de los racionalistas, porque pueden ser inconsecuentes con sus perniciosos principios, á los cuales juzgo solamente. Sin embargo, al racionalismo deben atribuirse todos los abusos que se cometen por sus partidarios, porque él los sanciona con su principio eminentemente nocivo: la norma de las acciones humanas es la razón individual, esto es, el capricho de cada cual; mientras que el catolicismo condena como malo todo lo que se haga por la conciencia individual si es contrario á la fé, á su credo infalible.



CONFERENCIA CUARTA

EL RACIONALISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO
BAJO EL ASPECTO DE SU VALOR DOGMÁTICO, RACIONAL Y CONSERVADOR, CON RELACION Á LAS DOCTRINAS É INSTITUCIONES DE LA HUMANIDAD.

« En la propagación del cristianismo es en lo que cifro mis esperanzas para el porvenir de la humanidad. »—COUSIN.

« Separar la religión de la filosofía ha sido siempre la pretensión de los talentos MEZQUINOS, ESCLUSIVOS y FANÁTICOS. »—El mismo Filósofo.

« La filosofía y la religión son dos hermanas inmortales, que no pueden desaparecer en ninguna sociedad civilizada. »—THIERS.

Señores: La presente tesis no es más que una síntesis de todas las anteriores sobre el racionalismo comparado con el catolicismo en su principio y criterio fundamental.

Vamos á esponer á grandes rasgos lo que es el uno y lo que es el otro con relación á la humanidad.

Hoy, señores, el mundo civilizado contempla dos escuelas empeñadas en una lid de vida ó

de muerte para la civilización y el progreso. Esa lid y ese combate es colosal y es tremendo también, porque está comprometida la suerte y el porvenir de la humanidad.

El racionalismo en frente del catolicismo; la razón heterodoxa ante la razón católica; la razón individual ante la razón apoyada en la revelación.

Esa lucha, sin embargo no es moderna, es antigua; es la reproducción de la lucha entre la razón pagana y la razón cristiana, entre el paganismo y el catolicismo.

Quien haya ojeado las páginas de la historia, ya sabe de antemano el resultado de esa lucha: la razón católica venciendo la razón pagana, en pro de los intereses de la humanidad. Ya escribió la historia en páginas tristísimas, la civilización que puede engendrar la razón aislada, la civilización *pagana*; mientras solo el catolicismo ha podido honrar á la humanidad con la civilización espiritualista, magestuosa y sublime cual jamás ha brillado en los fastos de la historia.

Nunca, señores, más oportuno para resolverse que en el siglo de las luces, el problema esencialmente humanitario. En virtud de la ley del mayor perfeccionamiento, la humanidad tiende naturalmente á apoyarse en la revelación; pues que, al decir de Victor Hugo, *á medida que el hombre se desarrolla, más debe creer*. La humanidad, la civilización y el progreso no pueden fundarse en la duda, no pueden germinar con el escepticismo; deben fundarse en principios sólidos é inconcusos, en dogmas políticos, so-

ciales, morales y religiosos; á no ser así, la sociedad fluctúa, se desmorona, tambalea y muere. Qué ciencia ni que instituciones pueden subsistir sin principios en qué apoyarse, con indiscutible certeza, para ser representación de la verdad en sus múltiples manifestaciones?

Pero entremos en materia. El racionalismo con insultante soberbia dice: « El mundo ha dado ya un paso decisivo, ha rasgado el velo tenebroso con que en su cuna le habia envuelto la autoridad religiosa, háse emancipado y comenzó el reinado purísimo de la razón. Yo soy el porvenir de la humanidad.»

Veamos, señores, lo insensato de semejantes pretensiones. Para que un sistema sea admisible como base de las doctrinas é instituciones de la humanidad le son indispensables estas tres condiciones: es necesario que pueda ser *creída*, sin autoritarismo, por la humanidad; es menester que se adapte al espíritu y alcance de todos; y es preciso que contenga en sí el principio de conservación.

Pues bien, señores, voy á demostrar que solo el catolicismo tiene un valor dogmático que excluye toda duda en los espíritus, que tiene un valor racional acomodado á la inteligencia y capacidad de todos y que tiene esencialmente el principio conservador garante de la civilización y progreso permanente, mientras nada de todo esto posee el racionalismo.

I

La civilizacion no puede basarse sinó en la verdad, conocida con el caracter sagrado de dogma, esto es, de una certidumbre incontrastable, definitiva y universal. Esto solo puede engendrarlo la revelacion, jamás el pensamiento errante del racionalismo.

Y en efecto : ábrase la historia de la razon aislada, y ¿qué ha producido durante sesenta generaciones? Algunos filósofos han soñado teorías admirables, sofismas ingeniosos, brillantes especulaciones ; han ideado magníficos sistemas; monumentos magestuosos del pensamiento, que atestiguan por sí solos al través de los siglos la grandeza del género humano; pero apenas bajaron á la tumba esos génius, suben otros á la escena y en nombre de la misma filosofía declaran y sentencian de absurdos los magníficos sistemas de sus antepasados; no existiendo error que sucesivamente no haya pretendido los honores de teoría filosófica; y mientras en nombre de la inteligencia humana se pide al racionalismo, á la razon aislada, un símbolo, en cada sistema nos echa un artículo contradictorio y despues de diecinueve siglos de luz, en presencia de todas las escuelas filosóficas, es cierta todavia la reflexion del filósofo de Ginebra: « He consultado á los filósofos, he hojeado sus libros, y á todos los veo altivos, presumidos, afirmativos, dogmáticos, decidiendo con temeridad, ignorando aun lo más óbvio, burlándose unos de otros ; y este punto comun á

todos, es el solo acerca del cual todos están de acuerdo y en lo único que tienen razon.» Y no es esta la suerte del racionalismo, destrozándose continuamente y variando sin fin?

Qué es la razon independiente abandonada á sus propias fuerzas? Es Saturno devorando sin cesar á sus propios hijos, es Eróstrato abrasando eternamente el templo que tan á duras penas fabricaron los tiempos. Es un principio, un gérmen de divisiones, un instrumento de opiniones incapaz de consagrar un dogma, un principio.

Es por excelencia el elemento destructor de toda civilizacion y de las instituciones humanitarias: escuchad un diálogo racionalista.

« Mi razon, lo mismo que la tuya, no reconoce dependencia de otra razon cualquiera; es soberana, es independiente, es libre: tú afirmas, yo niego ; tú construyes, yo destruyo ; y niego ó destruyo con el mismo título ó derecho que tú afirmas ó construyes, en virtud del título, libertad y derecho de mi razon personal. Ni apeles á juez ninguno para decidir entre nosotros, no hay pontífice infalible, porque un hombre no alegaria sinó su razon, y la mia igual á la suya no depone su cetro al pié de la de mi semejante; y si hemos desechado uno y otro la autoridad de Dios, no es por cierto para someternos á la autoridad del hombre.»

Así, señores, se perpetúa la lucha y la duda, suicida de la inteligencia, y reina la anarquía del pensamiento: así se suceden las escuelas y los sistemas unos á otros, sin que jamás repose la humanidad, sin que jamás permanezca en la

verdad. He aquí la historia del racionalismo, escrita desgraciadamente en páginas demasiado tristes: es la razón errante eternamente tras la verdad sin conseguirla jamás.

Está, pues, imposibilitado el racionalismo para formular dogmas: presenta sistemas y los va destruyendo á la vez. De *hecho* no ha podido *fixar* ni los términos del primer artículo de su símbolo; y de *derecho* no tiene sino una autoridad variable, personal, que todos pueden admitir y desechar.

Y con semejante criterio podrá tener doctrinas y conservar instituciones la humanidad? De ninguna manera: es necesaria la razón absoluta é infalible, es menester una sanción más elevada, es menester que intervenga Dios.

La humanidad es una inteligencia errante y sublime, cuya fé no puede tener por maestro sino á la divinidad; y esta es cabalmente la obra exclusiva del Catolicismo: básiase en la revelación infaliblemente interpretada, que de otra manera carecería de consagración inviolable y sería indigna de Dios.

Y cosa admirable y sublime; el catolicismo resuelve tan cumplidamente el problema de la suerte de la humanidad, que la duda, ese azote, ese buitre que rasga las entrañas de la sociedad y del espíritu humano, es para el que cree, una imposibilidad, un crimen.

El racionalismo, no teniendo sino una autoridad personal, variable, se alimenta de la duda, es la base de su sistema y no puede engendrar sino opiniones. Y podrá, señores, con ellas vivir la humanidad, ni existir la civilización?

II

Pero aun suponiendo que el racionalismo lograse implantar creencias y postulados dogmáticos, pierde sin embargo el derecho *al porvenir*. Y porqué? Porque carece de valor racional á los ojos de las masas, á los ojos del pueblo, de la humanidad. Solo el catolicismo puede adaptarse á la inteligencia de todos.

Y en efecto, señores, la verdad ha sido hecha para todos; lo ha sido no solamente para el rico, para el sábio, para el hombre de elevado ingenio, ha sido hecha para todos: no tienen privilegio ni el rico ni el sábio. Pobres, que parecéis repudiados por la naturaleza, levantad vuestra frente; delante de la verdad sois iguales. Esto solo puede decirlo el catolicismo.

La verdad es la vida del alma, es el pan del pueblo, el alimento del pobre. La verdad ha de ser hecha para el pueblo y ha de adaptarse á su inteligencia. Los talentos sobresalientes son una fracción imperceptible en el gran concierto de la humanidad.

Ahora bien, ¿trabaja por ventura para el pueblo la filosofía aislada de la fé y de la revelación? Se adaptan á la capacidad del pueblo esas teorías sublimes y metafísicas? ¿Es que el pueblo, que apenas puede de siete días uno descansar sus brazos fatigados, irá á ponerse pálido por meditar en esos tratados metafísicos que suponen una infinidad de estudios preparatorios?

Eso, señores, es mofarse de la humanidad. Es implantar el sistema autoritario por excelen-

cia para arrastrar las masas populares tras el vértigo y el viento de toda doctrina. Pudiera pasar recuento á los principales sistemas que tienen pretensiones de reemplazar la religion, la revelacion, y me tomaria la libertad de preguntar á cuál de esos sistemas se quiere que se aplique la inteligencia del pueblo.

Pero se ha dicho que *el eclecticismo*, que respeta la razon individual, es el sistema por excelencia popular y humanitario. Pero cómo proponer para el pueblo ese inmenso fraude intelectual de nuestra época, ese mónstruo que con sus contradicciones desafía al templo del pensamiento y echa un reto escandaloso á la cordura y buen juicio, que intenta componer la verdad con elementos heterogéneos? Quiérese por ventura que la muchedumbre pueda comprender esos análisis interminables, para entresacar la verdad de las múltiples manifestaciones del error? Puede pretenderse que el pueblo sea capaz de emprender la obra titánica y hercúlea de pasar recuento á todos los sistemas para decidir cuál es el verdadero? Esto es imposible á los génios más sublimes, porque supone una incomparable maestría en todas las ciencias filosóficas, de las que es incapaz la muchedumbre.

Y qué diríamos si se intentase trasportar el pensamiento del pueblo á esas nubes tenebrosas de la filosofía alemana y poner en manos suyas esas teorías de que se mofa el sentido comun?

Qué hará, pues, el pueblo para conservar el depósito sagrado de las doctrinas é instituciones que deben ser el patrimonio de la humanidad?

El racionalismo no tiene mas contestacion que esta: «Nosotros les presentaremos el *hecho* y reservaremos para los sábios la *prueba*.» Pero esto, señores, es mofarse del género humano, es lo ridiculo por excelencia, es el más ominoso autoritarismo. Entonces el pueblo, á quien el racionalismo enseña que no debe admitir más que las inspiraciones de su razon personal, tendría que apoyarse en la autoridad de hombres como los demas. Mas por lo que hace al pueblo cristiano, fé por fé, prefieren la que han consagrado diecinueve siglos con el respeto del género humano: más estima arrodillarse y decir: *créo en Dios*, que descubrir su frente y decir: *créo en Platon ó en Kant*. Y ved, señores, la degradacion y envilecimiento á que conduce el racionalismo la inteligencia de los pueblos, y la dignidad sublime del cristiano que solo se humilla ante la palabra de su Dios.

El catolicismo es la más alta espresion de la sabiduria social y desde su nacimiento se ha llamado *católico*, esto es, *universal*. Comparemos.

El catolicismo, como institucion eminentemente popular y humanitaria, no asienta la verdad sobre una base metafísica, porque entonces no hubiera sido instituida sinó para los sábios eminentes; se basa en el *hecho* de la revelacion, accesible á todas las inteligencias como los demas hechos de la historia; y por eso, solo el catolicismo ha merecido los honores de institucion social, cuya permanencia no han podido contrarestar diecinueve generaciones; mientras que ella sola ha tomado sobre sus hombros la empresa gigantesca de conducir los pueblos

hacia la civilización, quedando inmóvil como una roca en medio de furiosos oleajes, ha visto pasar delante de sí á descansar en la tumba cada uno de los sistemas que se han presentado á disputarle la palma de la dirección social y humanitaria. Solo el catolicismo puede decir «yo soy un coloso de diecinueve siglos y yo solo tengo títulos para la dirección de la humanidad: me fundo en la revelación y no en la razón personal y variable, cuya historia es la historia de la lucha de los sistemas que mutuamente se contradicen y destruyen.»

III

Pero, señores, aun cuando el racionalismo tuviese un valor dogmático, aun cuando poseyera un valor racional, no podrá jamás poseer el porvenir. Y porqué? Porque carece del principio conservador.

De dónde recabará el racionalismo el principio de conservación? De las doctrinas brillantes de los sábios de la Grecia y de Egipto, de Laotzen ó de Confucio?

Pero cuál es el fundamento de esos espléndidos sistemas? No es otro que la razón individual, cuya naturaleza es la permanente variabilidad. Ahí está hablando toda la historia de la filosofía y de la humanidad.

Qué es de la doctrina de aquel génio sublime de la Grecia, que la antigüedad llamaba el *divino Platon*? El permanece, es verdad, en sus obras, porque el ingénio, ese reflejo de Dios,

tiene también su inmortalidad; pero es una letra muerta: Platon recostado en su féretro y rodeado, como los cadáveres ilustres del antiguo Egipto, de vendas y fajas de *geroglíficos*, que se esfuerza por explicar el sábio. Recorre hoy esas páginas enigmáticas el filósofo como un anticuario se esfuerza en leer una inscripción medio carcomida. Pero dónde están las instituciones del *Timeo*? Y lo que decimos de Platon se aplica á todos los filósofos, aun los menos antiguos.

Una vez descendido á la tumba, ¿qué fuerza conservadora podrá sostener la doctrina de un sábio? Qué fuerza habrá que la defienda contra los ataques apasionados de sus enemigos? Qué fuerza saldrá garante de las falsas interpretaciones de sus amigos? Setenta y dos años há que bajó Kant á la tumba y unos cuarenta y dos que murió Saint-Simon: actualmente existen discípulos de ambos filósofos; pero la doctrina que profesan éstos es acaso la de sus maestros? No: cada sección de estas escuelas la interpreta á su modo, y lo volvemos á repetir, muertos están y muy muertos estos filósofos, y tan muertos, que sus mismos partidarios insultan diariamente y ultrajan su memoria impunemente.

Peró admirad, señores, la diferencia que media entre la obra de la revelación y la obra de la razón personal. Los partos de la inteligencia humana no duran sino un día, y despues de dos mil años el sol al levantarse encuentra al cristiano arrodillado al pié del mismo altar, al pié de la misma Cruz, leyendo el mismo libro, cantando el mismo símbolo. Este es un hecho

que desafía y desconcierta todos los cálculos, que tiene su razón de ser en la esencia misma del catolicismo, en que es eminentemente conservadora su doctrina por fundarse en la revelación.

La Iglesia católica es esa voz magestuosa que habla á cada uno en su lengua: habla á todos y pone en sus manos el *Catecismo*, esa filosofía admirable, ese compendio sublime de la revelación, ante el cual quedan eclipsados los mayores ingénios humanos y que explica y enseña á la humanidad todo lo que necesita saber, con autoridad soberana é infalible: él solo contiene el credo sublime de la humanidad y de la civilización.

Para que no se crea en mi palabra, oid la confesión de un célebre filósofo, que concluyó por arrepentirse de haber enseñado esa filosofía de la razón aislada é independiente de la religión; habla el esclarecido Jouffroy.

« Existe un librito, son sus palabras, que se » hace aprender á los niños.... leed ese librito, » que es el catecismo. Hallareis en él una solución á todas las cuestiones, á todas sin excepción. Preguntad al cristiano de dónde viene » la especie humana, él lo sabe; á dónde va, él » lo sabe; cómo va, y lo sabe también. Preguntad á ese niño para qué existe en la tierra y lo » que será de él después de su muerte y os » dará una respuesta sublime.

» Origen del mundo, origen de la especie, » cuestión de raza, destino del hombre en esta » vida y en la otra, relaciones del hombre con » Dios, deberes del hombre para con sus seme-

» jantes, derechos del hombre sobre la creación: » ese niño no ignora nada: y cuando sea grande » no vacilará tampoco respecto del derecho natural, del derecho político, del derecho de » gentes; todo esto emana con claridad y como » de su propia fuente, del cristianismo. He aquí » lo que yo llamo una *gran religión*; la conozco » en esta señal, que ella no deja sin respuesta » ninguno de los problemas que interesan á la » humanidad.»

Hé aquí, señores, la dignidad del credo católico y la sublimidad de sus dogmas: y podrá compararse con él ese racionalismo, que no tiene credo, ni lo tendrá jamás?

Y advertid, señores, que la revelación, para conquistar el mundo é implantar esa sublime civilización con que tanto se honra, no hizo uso de los sistemas filosóficos, ni se sirvió del génio de los hombres. El incrédulo Bayle dice así: « El Evangelio, predicado por gentes sin nombre, sin estudio, sin elocuencia, cruelmente perseguidos y destituidos de todo apoyo humano, no dejó de establecerse en poco tiempo sobre la tierra; este es un hecho que nadie puede negar, y que prueba ser la obra de Dios.»

Quéde, pues, sentado que el racionalismo está desprovisto de *valor dogmático*, porque reducido á una autoridad variable y personal, cada uno es libre de admitirlo ó rechazarlo según mejor le plazca, no pudiendo por tanto sinó engendrar opiniones. El catolicismo por el contrario, fundado en la revelación, habla en nombre de Dios que solo puede engendrar creencias para la humanidad.

Queda también demostrado que el racionalismo está desprovisto de todo *valor racional*, porque descansa sobre una base metafísica que no puede ser accesible á todos, sino á un cierto número de sábios; mientras el catolicismo, basando su doctrina en el *hecho* de la revelación, se acomoda, adapta y dirige á la inteligencia de todos, haciendo posibles las doctrinas é instituciones humanitarias.

Y en fin, queda evidenciado que el racionalismo está desprovisto de todo *principio conservador*, mientras la Iglesia es la perenne conservación y autoridad constantemente viva del depósito sagrado de las instituciones civilizadoras.

Luego, señores, el catolicismo es la sola doctrina social que puede echar hondas raíces en el seno de la humanidad, y por tanto el racionalismo es una planta exótica en el campo de la civilización y ha venido muy mal á propósito proclamándose dueño del porvenir.

Es el caso de decir al racionalismo; antes de proclamaros dueño del porvenir, buscad cómo vivir un día unido y acorde: antes de proclamar vuestra victoria, atended que el presente está labrando ya vuestra sepultura.

Lastímase el racionalismo de la decadencia de la fé católica; mas ponga la mano en su conciencia y verá que apenas nacido le vá faltando la vida: jamás logra fundar sistema, y le desacreditan profundamente el darwinismo, el sensualismo, el materialismo, el panteísmo y el escepticismo, rémora y afrenta de la civilización: mejor será que prepare una sábana para

amortajar su cadáver, que no faltarán al catolicismo cantos fúnebres para sus exéquias: el catolicismo no muere porque no hay sepulcro que contenga un coloso de diecinueve siglos.

Por último, señores; el racionalismo afirma que debe sofocarse la propaganda católica porque es rémora para la civilización, y la historia dice, con el fatigado racionalista Cousin, que *en la propagación del Catolicismo es en lo que cifra sus esperanzas PARA EL PORVENIR DE LA HUMANIDAD*.

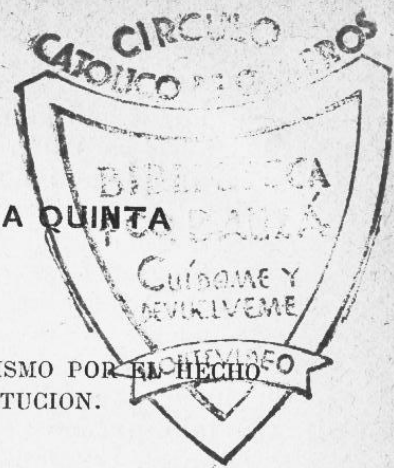
Afirma y pretende el racionalismo que la suerte del progreso humanitario consiste en la separación entre la filosofía y la religión; y la historia responde con el citado Cousin, que *separar la religión de la filosofía ha sido siempre la pretensión de los talentos MEZQUINOS, EXCLUSIVOS y FANÁTICOS*.

El racionalismo pregona que la religión está en pugna con la filosofía y la civilización; y la historia afirma con el eminente publicista Thiers, que *la filosofía y la religión son dos hermanas inmortales que no pueden desaparecer en ninguna sociedad CIVILIZADA*.

Cómo, pues, tiene el racionalismo atrevimiento para proclamarse institución de progreso y civilización y dueño del porvenir, si es fundamentalmente inhábil para dirigir los destinos de la humanidad? Y he aquí, señores, la sublimidad filosófica de la última proposición del Syllabus, en que se declara « la imposibilidad de reconciliación entre el catolicismo y el liberalismo, el progreso y la civilización moderna »: se habla del liberalismo, progreso y

civilización que proclama como base el principio absurdo del racionalismo, *la razón personal, el pensamiento errante*; principio que, como dejó demostrado en las anteriores conferencias, es absurdo en filosofía, en el orden social, moral y religioso.

El racionalismo está sentenciado de muerte por la misma filosofía, pues, como dice el filósofo Bacon, « mucha filosofía conduce á la religión; poca filosofía aparta de ella. »



CONFERENCIA QUINTA

DIVINIDAD DEL CATOLICISMO POR EL HECHO
DE SU INSTITUCION.

« Si esa obra (el Cristianismo) viene de
» los hombres, perecerá por sí misma;
» pero si viene de Dios, por más que ha-
» gamos subsistir. »

GAMALIEL al Sanhedrin.

Ha subsistido por diecinueve siglos,
luego viene de Dios.

Señores : Háse creído que en vista de los ultrajes y sarcasmos con que se aceptan por el racionalismo nuestra propaganda y defensa en pró de los sublimes principios y dogmas del cristianismo, era necesario que yo apagara mi voz.

Pero es un error : los católicos tienen que poner en práctica con frecuencia aquella feliz expresión de Temistocles, que defendiendo sus ideas con firmeza, al amenazarle su opositor el espartano Euribiades, le respondió friamente: « *hiere, pero escucha.* » Los cristianos en presencia de sus enemigos han mostrado siempre una admirable realización de esa palabra.

Se han dejado golpear sin oponer ninguna resistencia, pero han obligado al mundo á escuchar lo que tenían misión de decirle. Precisamente los *mártires* han sido los institutores y regeneradores del mundo; y pidiendo solamente que se les *escuche*, los católicos han enseñado y hecho aceptar la doctrina pura y sublime de Jesucristo.

Esto mismo, señores, vengo á pedir desde este lugar: escuchad y juzgad. Pero téngase entendido que no me arredran los insultos, ni los silbidos. Cuando los oigo, levanto mi corazón para que pasen por debajo sin que puedan herirle. Yo amo la verdad católica y la amo hasta el sacrificio. Recuerdo que como oriental soy hijo de la patria que nos dieron treinta y tres héroes y como católico, descendiente de mártires.

Entremos en materia.

En mi última conferencia hice un somero parangon entre el principio racionalista y el principio católico y vimos desde luego que solo el catolicismo, en virtud de su principio, podia aspirar á los honores de institucion capaz de regir los destinos de la humanidad.

El principio de la soberanía de la razon individual carece de valor dogmático, racional y conservador, es antihumanitario; mientras el catolicismo únicamente, está revestido de esos caracteres sublimes y fundamentales de toda sociabilidad, progreso y civilizacion.

Hoy vamos á dar un paso más: descendiendo al terreno de la historia, contemplaremos la divinidad del Catolicismo.

Señores: cuando el historiador filósofo pasa en recuento los anales de la humanidad y contempla las proezas de los grandes conquistadores, el nacimiento, grandeza y ruina de los imperios; el origen y decadencia de las civilizaciones; saca una leccion sublime de filosofía de la historia: descubre el origen divino del catolicismo como institucion y como doctrina.

Por eso confesaba ingénuamente el ilustre marqués de Valdegamas, que su conversion al catolicismo la debia al estudio de la historia; y así aconteció recientemente al famosísimo lord Ripon que, encargado por la Masoneria de refutar al catolicismo ó clericalismo en nombre de la historia y de la filosofía, encontró en esas fuentes, estudiadas concienzudamente, la divinidad del catolicismo que se proponia refutar.

Cuán cierto es, señores, que solo basta estudiar imparcialmente los monumentos de la civilizacion para convertirse en decidido campeón del catolicismo hasta el sacrificio y el martirio si es necesario!

Porque, señores, hay un hecho sublime y único en la historia, que forma las páginas más hermosas de la humanidad. Este hecho es el establecimiento del Cristianismo, y jamás se ha contemplado cosa semejante.

Yo bien sé que los más sérios entre los racionalistas han confesado que el establecimiento del Cristianismo es un hecho *extraordinario*, mas nó sobrenatural, ni *divino*.

Pero, si en efecto el cristianismo es un hecho extraordinario, porque no existe otro semejante en los fastos de la historia; voy á demostrar de

la manera más irrecusable, que es sobrenatural y divino también.

Es evidente, señores, que un efecto, un hecho es *sobrenatural*, y por consiguiente *divino*, cuando es absolutamente desproporcionado á las causas y leyes de la naturaleza que pudieran atribuírsele; porque entonces siendo superior á las fuerzas de la naturaleza é imposible su realizacion por las simples leyes que rigen los destinos de la humanidad, exige necesariamente la intervencion del Sér Supremo.

Si un hecho es contrario y superior á las leyes y fuerzas naturales, moral y físicamente imposible en el órden de la naturaleza, no puede menos de ser *sobrenatural* y por consiguiente *divino*, como quiera que solo puede ser obra de Dios. Esto dice la historia respecto del cristianismo.

Y qué era el cristianismo en su comienzo? Un crucificado que condena la Sinagoga al patíbulo más infame en el último rincón de la Judea. Roma, la señora del mundo, que habia erigido el Panteon para todos los dioses del paganismo, añade su sancion á ese deicidio, sentenciando á Jesus por medio de su representante Poncio Pilatos; porque es reputado como un loco por los romanos y un sacrilego por los judíos.

Y si su doctrina es sublime, queda ahogada en la sangre del Gólgota, porque jamás escribió cosa alguna.

Mas, acaso la recogerán sus discípulos? Ellos le niegan y se esconden amedrentados: son además doce ignorantes plebeyos, pescadores en su mayor parte.

Pero cómo es, señores, que despues se convirtieron en los conquistadores más benéficos y gloriosos para los pueblos? La civilizacion que hoy dignifica á la humanidad, dice la historia que ellos la legaron.

Consideremos este hecho con la imparcialidad de la sana razon.

Qué era el mundo cuando apareció el Apostolado? El despotismo más ominoso habia ahogado las libertades políticas y civiles de los pueblos; la voluntad del César era la ley de la humanidad: el más fuerte era señor del más débil. La conciencia religiosa está ahogada por la dictadura del César, que era á la vez Sumo Pontífice. La religion y el culto, era el degradante politeísmo de los dioses del Olimpo que autorizaban todos los vicios, porque los habian divinizado: se podia ser adúltero y polígamo como el dios Júpiter, borracho como Baco, ladrón como Mercurio é impúdico como Vénus, etcétera. El individuo era para el Estado y no el Estado para los ciudadanos: el ciudadano era cosa y un esclavo del despotismo gobernante. La servidumbre de las mugeres era ley social; el infanticidio y la prostitucion, como la poligamia y la disolucion del matrimonio eran principios consagrados por las leyes y por los filósofos más eminentes como Platon. La esclavitud de las razas, la opresion y desprecio del pobre, la humillacion de los clientes y la desigualdad de condiciones establecia no solo castas sinó *naturalezas* diferentes; preguntémoslo sinó á Aristóteles y á Platon. La inmoralidad y corrupcion más espantosas dominaban en todas

partes junto con el egoísmo y el escepticismo de las creencias y principios filosóficos. Solo brillaba una cultura sin par junto con la degradación más espantosa: el pueblo estaba tan embrutecido que solo pedía pan y juegos públicos: se asesinaban gladiadores por mera y brutal diversion: el amo mata al esclavo por la más leve falta y muchas veces para servir de abono exquisito en los jardines ó de alimento á los peces en los viveros: el esposo era el déspota de los hijos y de la muger, como el César lo era de todos los ciudadanos. En fin; la humanidad, la caridad, la igualdad y la fraternidad estaban desterradas de aquellas sociedades; el mundo atropellado por las águilas del imperio y deslumbrado por el esplendor del siglo de Augusto, estaba en plena civilización pagana y parecía sin embargo un caos horripilante y hasta tal punto, que el despotismo y la degradación tenían sus divinidades y sus apoteosis.

Creeis, señores, empresa natural, el que doce idiotas regeneren la humanidad, sin contar con ningun auxilio humano y tener en contra todas las dificultades posibles?

Pues bien: el Apostolado se presenta en medio de esa brillante pero degradada civilización y reforma la sociedad.

Yo no sé, señores, cómo espresaros la impresión sublime que experimentó mi alma al leer por vez primera las proezas del Apostolado.

Los Césares, aunque señores del mundo y apesar de haber empleado contra los cristianos primeros todo género de crueldades, desde el circo en que los arrojaban á las fieras, hasta ha-

cerlos arder vivos embadurnados con pez para iluminar con ellos las plazas y vias públicas; caen de su altísimo sòlio con sus dioses y sus abominaciones, y Pedro, el pescador de la Judea, ocupa su lugar en la persona de sus sucesores los Romanos Pontífices; no para imponer á la humanidad desde el Vaticano un yugo ominoso, sinó la civilización, á costa del martirio y de su propia sangre.

Entonces resuena en el mundo un *credo* sublime: aparece por vez primera la carta magna de los derechos de Dios y del hombre. Ya no hay distinción entre los hombres: la muger se emancipa; el esclavo y el proletario llevan la dignidad de persona: ya no se atreve nadie á comparar con las bestias de carga á los que el Redentor habia rescatado con su propia sangre: todos son iguales ante Dios y todos son hermanos. Entonces ningun hombre puede dominar y mandar á otro hombre: la autoridad, el poder público solo viene de Dios, porque solo Dios puede mandar al hombre; ni es ya la voluntad del que manda sean reyes ó pueblo-rey el que regla la justicia de las leyes. El ciudadano tiene derechos anteriores al estado social: la conciencia adquiere su legítima libertad, pues que en adelante primero debe obedecer á Dios que á los hombres, y la religion se liberta de la tiranía del Estado y se purifica de todas las abominaciones del politeísmo.

La beneficencia y la caridad cristiana puebla la tierra, al correr de algunas centurias, de hospitales, asilos y orfanotrofios, cual bálsamo santo de las miserias humanas; porque ya no

es lícito el infanticidio, ni á la sociedad el dar muerte á sus miembros inútiles por su deformidad ó vejez, como lo consagrara en sus leyes el paganismo.

Entonces los mártires enseñan al mundo por vez primera, que el sacrificio de la vida es acepto á los ojos de la divinidad por la conversión de los pueblos al reinado de la justicia, de la verdad y de la civilización.

Y en fin, señores, el lema divino, hasta entonces desconocido, de caridad, igualdad, fraternidad y cosmopolitismo, es declarado en nombre de un Dios que no titubeó tomar la forma humana para dignificar y redimir á esa pobre humanidad, cuya degradación y disolución espantosa proclama altamente su caída del estado primitivo en que saliera de las manos de su Hacedor.

Mas, qué se deduce de todo esto y de esa inmensa revolución moral que ha cambiado la faz del mundo? Qué deduce la filosofía de la historia? Que esta empresa, esta reforma universal es *sobrenatural* y *divina*. No tiene, ni puede tener explicación alguna en las leyes de la naturaleza y de la humanidad.

Y en efecto: refiere la historia las grandes hazañas de inmortales conquistadores como Semíramis, Nabucodonosor, Sesóstris, Ciro y Alejandro; pero jamás hicieron cosa alguna sin la fuerza de los ejércitos y siempre en su provecho con ideas de dominación.

Habéis visto en la historia un gran génio que emprenda la reforma del mundo por la sola idea, sin más armas que una cruz ó un cayado?

Jamás. Y sin embargo los Apóstoles del Cristianismo la emprenden y realizan á costa de su propia vida con la sola palabra de Cristo: jamás tuvieron ejércitos extraordinarios ó permanentes. Y no es esta una conquista divina! ? Una legión de mártires que no hacen más que derramar su sangre y ser quemados vivos ó arrojados á las fieras por el despotismo cesáreo ó el fanatismo de los pueblos, despues de *tres siglos continuos* de cruentas persecuciones, salen de las catacumbas, destronan á los Césares que tienen en su mano el poder omnipotente de la fuerza y del fanatismo, y obtienen la conversión del orbe entero !

Si esto no és desproporcionado á las leyes y fuerzas físicas y morales de la humanidad, cuando todas ellas luchan de consuno contra la propaganda de los mártires, no sé, señores, á qué debiera llamarse natural y conforme á naturaleza.

Mas, acaso los Apóstoles conquistaron el mundo por la brillantez de su ciencia? No la tenían, al menos adquirida por medios humanos.

Sería acaso porque su doctrina era simpática y halagaba las costumbres y creencias de aquellos tiempos? No: eran tan antipáticas que eran repelidos con el martirio y tratados como enemigos de los dioses y del imperio.

Será acaso por la ignorancia y oscurantismo de los tiempos en que predicaron en el mundo? Tampoco: Pablo se dirige al Areópago de Atenas y á Corinto; y Pedro el pescador se presenta y funda su cátedra en Roma; y basta recordar que era el siglo de Augusto, el más ilustrado de la

dominacion romana. Antes bien, el fanatismo de aquellos tiempos fué la mayor rémora para la propaganda del cristianismo: preguntadlo sinó á los dieciocho millones de mártires.

Quiso Dios, señores, para probar la divinidad del cristianismo, que en su propagacion no interviniese ningun auxilio humano: ni la ciencia, ni la elocuencia, ni las riquezas, ni el poder de las armas; sinó que todos estos elementos le fuesen contrarios, para hacer, no probable sinó *evidente*, la intervencion divina.

Esta es la consecuencia de la filosofía de la historia: el que la ignore es inexcusable ante los ojos de la sana razon, de la filosofía y de la historia.

Qué testimonio sublime! Una doctrina saludable que funda una nueva religion y regenera las naciones, la propagan doce pobres pescadores: se esparcen por el mundo entero sin más armas que su palabra, para hacer abrazar una religion incomprensible en sus dogmas y severa en su moral. Tiene que combatir la depravacion de costumbres, los hábitos de antiguos principios, las preocupaciones de nacimiento y de la educacion, la supersticion de los pueblos, el orgullo de los filósofos, el poder de los emperadores, la crueldad y el furor de los verdugos, el crédito y los esfuerzos del politeismo arraigado en las instituciones sociales. Para vencer tan grandes obstáculos no cuentan con medio humano alguno: son de nacimiento oscuro, de un estado vil y grosero á los ojos de los hombres; pobres, rústicos, ignorantes; no tienen ni talentos ni riquezas, ni crédito, ni proteccion.

Qué ofrecerán ellos para convencer á los idólatras? Cómo osarán hablar en las tribunas de Roma, de Atenas y de Corinto? Cómo podrán sobre todo convencer á los latinos, á los griegos, los que no conocen sinó el idioma del pais que los vió nacer? — Á todas estas preguntas no hay más que una sola respuesta que dar: « Eran enviados de Dios, hablan por su boca y obran por sus inspiraciones. »

Por tanto, señores, para convencerse de la divinidad del cristianismo considerado bajo este solo aspecto, basta el simple buen sentido: no es necesario ser filósofo y mucho ménos profundo historiador. Y esto sucede así porque Dios quiso dar una prueba al alcance de todos.

¿No es evidente acaso la sencilla sublimidad del cristianismo? Para que se le admita solo se exige hacer uso del simple buen sentido. Juzgado sinó vosotros con un criterio libre de toda preocupacion.

Pero el filosofismo y el racionalismo, ante un hecho tan extraordinario, se niega sistemáticamente á reconocer su divinidad, esplicándolo como efecto natural de la ley del *progreso indefinido*. Esto merece algun exámen.

Y en efecto, señores, es un *hecho* el progreso de la humanidad y de la civilizacion al través de los siglos. Pero será debido á una ley fatal en virtud de los simples esfuerzos de la humanidad ó mas bien será debido á los designios é intervencion de la Providencia divina en los acontecimientos de la humanidad? La razon histórica demuestra lo segundo, presentando á los hombres abusando de su libertad y á la

Providencia, que saca del mal el bien, conduciendo las sociedades hácia su destino sublime sin coartar esa misma libertad humana en el mal. Pues está escrito en la historia, que ningún pueblo ha obtenido la civilización moral por el simple esfuerzo de las facultades naturales, sino mediante la luz de la revelación cristiana, lo cual no debiera suceder si la civilización fuese un resultado de las fuerzas y facultades naturales de la humanidad. No existe en la geografía un solo pueblo civilizado por la sola luz de la razón, por las doctrinas racionalistas: antes bien, los pueblos que tienen como dominante el principio racionalista vuelven al paganismo.

Y sinó, señores, de dónde proviene que los filósofos de Atenas y Alejandría, de la India, China, Persia y el Egipto, apoyados por doctos y poderosos discípulos, por los monarcas, las dotaciones, los honores públicos, no han podido hacer germinar su doctrina para la conquista, no digo del mundo, sino de una de sus partes, mientras que Jesús Nazareno nacido en un establo, perseguido de la manera más absoluta por los sábios y poderosos de su tiempo y muerto al fin en el patíbulo más infame, tuvo adoradores y cambió la faz del mundo? Cómo es que todas las reformas emprendidas por Budha, Confucio, Zoroastro, Licurgo, Solon, Pitágoras, Sócrates, Aristóteles y Platon, se mostraron infecundas y estériles para la humanidad? ¿No yacía el mundo postrado por la barbarie ó por la degradación, á pesar de todas esas grandes lumbreras de la humanidad, cuando apa-

reció el Cristianismo. Dónde estaba, pues, el progreso indefinido?

Aquellos sábios tuvieron en pró de sus doctrinas el favor de los monarcas y de los pueblos, como Confucio, Laotzen, Zoroastro y Sócrates; ó tuvieron por discípulos y continuadores génius inmortales, como Sócrates á un Platon y á un Aristóteles, que viajaba á la sombra y amparo del conquistador Alejandro Magno, de quien fué maestro muy amado: ó fueron cónsules del pueblo-rey, como Ciceron; ó emperadores del mundo, como Marco Aurelio, Antonino Pio y demás emperadores filósofos. Porqué, pues, ni tuvieron mártires para sus sistemas y la civilización solo se ostenta gloriosa donde tremola el lábaro de la Cruz?

Es que Jesucristo ERA DIOS y el Cristianismo DIVINO.

Y qué se podrá oponer despues de todos estos hechos, á la divinidad del Cristianismo y de nuestro credo sublime? Nada, absolutamente nada, sino cubrirse con la infamia de responder, como hace el racionalismo, que *Jesucristo era un monomaniático y un embaucador*; ó concluir como se expresa Rousseau, que: cuando todos estos signos se hallan reunidos en la propagación é influencia civilizadora del cristianismo, hay bastante causa para persuadir á todos los hombres, á los sábios y al pueblo; exceptuando á los incapaces de razón y á los malvados que de nada quieren convencerse.

CONFERENCIA SESTA

ORÍGEN DIVINO DEL CATOLICISMO COMO DOCTRINA

« Yo profeso la creencia que el Cristianismo es la filosofía del género humano » y que la expresión más completa y más alta del Cristianismo es la religión católica. »

EL FILÓSOFO COUSIN.

Señores : Hace ya dieciseis siglos que un dominador del universo, el emperador Diocleciano, hizo erigir una columna memorial, grabando en ella las siguientes palabras :

« Por haber logrado aniquilar la secta impía de los Cristianos. »

Tan segura convicción tenía de haber destruido el Catolicismo, después de la persecución más sangrienta !...

Y sin embargo las edades han reducido á escombros esa columna y el cristianismo continúa su marcha magestuosa por encima de esos escombros, como hoy mismo lo hace impávido despreciando los anatemas de esos espíritus nuevos que, como Voltaire, creen empresa fácil aniquilarle en veinte años cuando no lo han podido realizar diecinueve generaciones.

El cristianismo es inmortal, superior á los tiempos y al empeño fátuo de los hombres.

Y porqué, señores? Porque el catolicismo no es obra de los hombres, ni fábrica del fanatismo: su doctrina es divina y por esto eterna.

El catálogo hermosísimo de las verdades sublimes que forman el credo de la filosofía más augusta, la filosofía espiritualista, versa sobre Dios, el hombre, la sociedad y la naturaleza.

Estos son los problemas que interesan al progreso y á la civilización, porque constituyen el credo, el honor, la gloria y el patrimonio de la dignidad humana.

Pues bien, señores, « todo esto emana con claridad y como de su propia fuente del cristianismo — dice el filósofo Jouffroy; — hé aquí lo que yo llamo una *gran religion*, la conozco en esta señal, que ella no deja sin respuesta ninguno de los problemas que interesan á la humanidad. » Jouffroy sin embargo era libre-pensador.

Yo voy á demostrar, señores, que el catolicismo no solo es una *gran religion*, sino una religion divina, porque *divino* es su *origen* como doctrina.

I

Hay un hecho que es único en la historia de la humanidad: el *credo católico* es tan inmortal como sublime; en él se encuentran enumeradas todas las grandes verdades que dignifican al hombre, como están condenados todos los errores que le degradan: no se ha contemplado cosa semejante.

Y si buscáis la razón porqué nuestra filosofía espiritualista es superior á la filosofía antigua, el incrédulo d'Alembert responde: « Si nos consideramos mucho más *ilustrados* que los antiguos.... *nada es más injusto* que hacer á nuestro espíritu el honor de *las luces* que debemos *únicamente* á la religion cristiana. »

En efecto, señores: si abrimos la historia de la civilización y de la filosofía para cerciorarnos de esos grandes principios y verdades supremas que forman la gloria y el honor de la humanidad y de la filosofía espiritualista, las encontraremos acá y acullá diseminadas y oscurecidas muchas veces con gravísimos errores: si en ese campo inmenso encontramos un Confucio, un Sócrates, un Platon y un Aristóteles, en cambio estos sábios confiesan que « solo Dios puede enseñarnos la verdad » y vemos dominar perennemente en la arena filosófica una turba de sofistas que deshonran la humanidad y la misma filosofía, y á los pueblos sumidos por siempre en el más grosero paganismo idólatra, servil y corrompido. De esto, señores, no hay escepcion ni para Grecia ni para Roma: en sus más bellos

tiempos brilló solamente la cultura en las artes y en las ciencias y sin embargo aun en presencia de los más grandes génios y célebres filósofos, el pueblo y la civilización estuvieron profundamente afrentados por la idolatría, el despotismo y la corrupción.

Si Atenas fué sabia y Roma patria de las leyes, la filosofía espiritualista, la verdadera civilización jamás tuvo eco en el pueblo griego ni en el pueblo-rey.

Lágrimas de desconsuelo vierte el historiador filósofo al contemplar las sociedades antiguas víctimas de la corrupción, del antropomorfismo y de la más estúpida idolatría, aun en medio del esplendor de las ciencias y de las letras: dígalos sinó Menfis, Babilonia, Ninive, Atenas, Roma y Alejandria.

¿Cuándo hubo en la antigüedad pagana una sola época en que las sublimes verdades de la filosofía espiritualista fuesen el credo de un solo pueblo? Para unas cuantas verdades que florecen en una civilización hay infinidad de errores que afrentan á las sociedades.

Pues bien, señores; en medio de ese caos universal existió un pueblo, poseedor del libro más antiguo y auténtico que se conoce, el *Pentateuco* de Moisés, donde están consignados no como opiniones filosóficas, sinó como dogmas inconcusos las sublimes verdades que constituyen el pacto fundamental de la filosofía espiritualista, desconocida para el resto de la humanidad. Ese libro fué completado despues con los demas del antiguo Testamento y constituyen el monumento escrito más sublime.

El pueblo hebreo que posee tan precioso depósito influye en los demas; en Babilonia y en Persia durante su cautividad y en Alejandria vertido al griego por los setenta intérpretes.

En aquel libro está anunciado el Mesías, Jesucristo, que vino no á *destruir* sinó á *perfeccionar* las doctrinas filosófico-morales y religiosas en él contenidas. Estaba anunciado por los profetas y especialmente por Daniel, que profetizó cuatrocientos años antes la venida de Jesucristo y el establecimiento de su Iglesia por todo el mundo.

El cristianismo, por tanto, tiene su origen en el Hebreísmo: la Biblia es el libro por excelencia y el más sublime.

Jamás, señores, se contemplaron ideas más puras. Allí se encuentra la nocion verdadera de Dios con todos sus atributos: la providencia, la omnipotencia, la justicia, la eternidad, la inmensidad, la omnisciencia, la infinidad y hasta la única definicion que Dios puede dar de sí mismo, *yo soy el que soy*, expresion sublime de *la plenitud del sér* y fuente purísima de todos los atributos divinos. Por eso no afean á ese libro ni el panteísmo, ni el deísmo, ni el ateísmo, que degradaron la antigua filosofía: ni hubo sabio que así le concibiera. Platon le limitaba con la materia *coeterna*.

Tambien se encuentra en ese libro la verdadera filosofía de la naturaleza: ningun filósofo habia sospechado *la creacion* del mundo, y él la enseña divinamente. Solamente en él se ostenta Dios en su magestad de Creador ordenándolo todo con *número, peso y medida*. El ab-

surdo atomismo, el dualismo y casualismo de los filósofos griegos, como la eternidad de la materia, no manchan las páginas de ese libro.

Y qué diré, señores, de la filosofía de la humanidad?

El origen del hombre y su naturaleza están espuestos con hermosísima belleza. Sabeis lo que es el hombre? No un mono perfeccionado, sino la imagen y semejanza de su Dios, por el destello divino que estampó en su frente: por eso es el rey de la tierra. Se consigna esplendidamente la espiritualidad, la libertad é inmortalidad del alma. El Bien Supremo es el destino del hombre, la norma de su perfeccion y de la moralidad, como el cimiento del deber, del derecho y de la justicia.

La preexistencia platónica, lo mismo que la absurda metempsicosis ó trasmigracion de las almas y el transformismo moderno y el espiritismo, están allí refutados de antemano.

Allí está consignada la fraternidad é igualdad universal, deducida de la unidad de origen de la especie humana y hasta el origen del poder que únicamente emana de Dios, por ser todos los hombres iguales como hijos del mismo Adán. No es esto sublime y divino?

El origen de la especie humana allí está consignado, la esplicacion y diferencia de las razas tambien. El destino del hombre sobre la tierra, que es su felicidad por la virtud; en la otra vida, la inmortalidad en la fruicion de la divinidad, que es el sumo bien. La religion en espíritu y en verdad en el culto interno y externo. Los deberes del hombre para con sus semejantes, en

el amor al prójimo como á si mismo, fundado en la igualdad de naturaleza. Hasta los derechos del hombre sobre la naturaleza visible de quien es rey; unidad é indisolubilidad del matrimonio; y en fin, como consecuencia de todas estas verdades, están allí contenidos los verdaderos principios del derecho natural, del derecho político y del derecho de gentes; porque allí está consignada la verdadera nocion de Dios, la verdadera nocion del hombre y la verdadera nocion de la familia, aboliendo la esclavitud y elevando la muger al nivel de dignísima compañera del hombre.

Qué mas, señores, puede desearse?

Sin Jesucristo la humanidad histórica seria un misterio incomprensible, ó como ha dicho Renan, «la historia entera del mundo es incomprensible sin Jesus.» El panteismo que ha existido en la escuela pitagórica y resucitado por el racionalismo alemán, diviniza al hombre, suponiéndole bueno por esencia é incapaz del mal, que nace, no de él, sino de las leyes civiles y de la sociedad: este es el principio tomado al panteismo por el socialismo moderno que está conturbando la civilizacion.

La escuela católica, por el contrario, conforme con la escuela espiritualista y secular, explica al hombre bueno en su origen, como creado por Dios, pero susceptible de mal, como consecuencia de su libre albedrio. Siendo un hecho la existencia del bien en el alma humana y en el mundo, le explica como originario de Dios; y siendo un hecho innegable tambien el mal en el alma humana y en el mundo, le explica como

originario del hombre, y la degradacion de la humanidad, no como un estado de transicion transformista del periodo simiaco ó monístico del hombre, sinó por la caída primitiva ó pecado original.

De este sistema racional y profundamente verdadero, resulta, no el hombre materia y semejante al bruto del darwinismo; no tampoco el hombre incapaz del mal, divinizado y confundido con Dios, sinó el hombre creado por él á su imágen y decaído por su culpa, producto de su libertad; resulta el hombre capaz del bien y del mal, del placer y del dolor, de la grandeza y de la pequeñez, del egoismo y de la abnegacion, de los instintos más abyectos y de las virtudes más sublimes; de los afectos más puros y de las pasiones más bajas, de las más dulces ternuras y de las más horribles fierezas, de la más encumbrada elevacion y de la más abyecta miseria.

Hé aquí el hombre cual le conciben la razon y el buen sentido de todos los siglos, como le pinta la historia, como le conocemos y se le observa diariamente en la vida y en los actos humanos, como le sentimos en nosotros mismos, en nuestro sér, en nuestros afectos, en nuestros pensamientos y en nuestra conciencia, el *hombre verdad*. Aquí está, señores, el pecado original y la redencion del género humano y la necesidad de la revelacion, puntos todos sospechados por los más grandes sábios, Sócrates, Platón, Aristóteles y Ciceron al confesar que *si Dios mismo no venía á enseñarnos la verdad, no podríamos atravesar el camino de esta vida*.

Ahí está el principio fundamental y fecundo de la filosofía de la historia; Dios con su providencia sacando el bien del mal que comete el hombre decaído: y así se esplican esas caídas espantosas y esos abismos sin fondo en que ha caído la humanidad y esas cumbres altísimas por donde Dios ha conducido á los pueblos de la tierra. Todo esto está en la Biblia; como escluido al mismo tiempo de ese libro sublime, el materialismo, el sensualismo, el epicureismo, el fatalismo, la esclavitud, el darwinismo, el socialismo, el despotismo y la anarquía, y todos los errores que forman el patrimonio del racionalismo contemporáneo y el catálogo de las aberraciones de la filosofía de todos los siglos.

Y pudo, señores, no ser de origen divino un libro y un credo que contiene consignados desde la infancia de la humanidad las verdades más sublimes, no como meras opiniones, sinó como dogmas inmutables cual lo es la verdad? Existe cosa semejante entre los monumentos de los pueblos más cultos de la antigüedad? Y hoy mismo, fuera del *Syllabus*, existe algun sistema de doctrinas que pueda asemejársele? El racionalismo y el libre pensamiento ¿no están dando el triste espectáculo, en pleno siglo de las luces, de una filosofía errante y vagabunda, sin credo, sin norma, ni raiz y resucitando los sistemas filosóficos más absurdos que haya concebido el espíritu en el prolongado periodo de sus evoluciones? Es por tanto muy verdadera la confesion del filósofo Cousin, que *el Cristianismo es la filosofía del género humano y que*

la expresion más completa y más alta del Cristianismo es la religion católica.

Qué podrá, pues, pretender enseñarnos el racionalismo, si el catolicismo es la más sublime expresion de la filosofía del género humano? Nada. Absolutamente nada. Solo pregona que está caduco, que bambolea, que le faltan fuerzas; pero son aseveraciones y profecias gratuitas; permítasenos hacer á los racionalistas y al sentido comun esta sencilla pregunta. Cuando hubo leído Tiberio el inicuo juicio ejecutado contra el Judio Jesús Nazareno, si algun liberto familiar del sombrío emperador, dotado repentinamente del don profético le hubiese dicho: «El cielo y la tierra pasarán ¡oh Augusto! pero la palabra de ese pobre judio subsistirá por los siglos; el infame patíbulo donde él espiró, será un signo de honor y de nobleza, que llevarán los príncipes en su diadema, el trofeo de los pueblos civilizados y de la franquicia universal, y será enarbolado en el mismo Panteon y hasta en los confines del orbe habitable. Sus Vicarios tendrán el lugar de los Césares y desde entonces no más victimas en el Capitolio, no más incienso á tu divino abuelo; no más dioses del imperio, no más esclavitud; y el más infimo de la plebe que hoy desprecias, será ¡oh emperador excelso! tu hermano y tu igual. El paganismo que levanta hoy hogueras y enfurece las bestias del circo para destruir la secta de los Galileos, será la afrenta de los pueblos cultos y el Galileo Crucificado será el padre y el Dios de la civilizacion.» Cómo, señores, hubiera respondido el tirano?

Sin duda llamando al lictor para castigar al temerario profeta. Sin embargo todo eso se ha realizado, á pesar de que tales cosas parecian entonces mucho más imposibles que deshacer las preocupaciones anticatólicas de la actualidad.

Todos los que estudian con reflexiva prevision las fuerzas vivas de la sociedad, se hallan muy distantes de pensar como los filósofos adocenados, que el Cristianismo está en decadencia. Hé aquí cómo se expresa el filósofo *Jouffroy*: «De los tres sistemas de civilizacion que se comparten la humanidad, el sistema cristiano nos ha parecido *esclusivamente* dotado de esa virtud expansiva que es la vida de la civilizacion, como la vegetacion lo es de las plantas. Él solo, en efecto, se perfecciona y engrandece; él solo está animado del doble ardor de las mejoras y del proselitismo: él solo hace conquistas sobre los demas: él sólo piensa en reunir á si los bárbaros; él solo en efecto los coloca en sus filas, y ningun otro se encuentra en posicion de poderlo conseguir: tiene, pues, todos los signos de una vida fuerte y vigorosa.» (Fragmentos sobre el estado actual de la humanidad). Esto, señores, responde á los augurios de muerte contra el catolicismo el ilustre filósofo que acabo de nombrar.

Risa, pues, causan á los hombres serios los anatemas de muerte que el racionalismo lanza á nuestra augusta Religion.

II

Pero el racionalismo, siempre reacio, niega el origen divino de las doctrinas del catolicismo y con ese autoritarismo arbitrario que le caracteriza afirma que el cristianismo como doctrina y como institucion no es más que un desarrollo progresivo de la filosofía y de la civilizacion greco-romana, esto es, una evolucion del paganismo.

Pero esta es una afirmacion, señores, que ni siquiera mereceria los honores de la refutacion.

Aparece el cristianismo en el siglo esplendoroso de Augusto. Si no era más que un *plagio* y un desarrollo de la filosofía griega y de la constitucion romana, debió encontrar aceptacion al menos entre los sábios; y sin embargo los filósofos griegos reunidos en el Areópago de Atenas se encargan de dar un mentis á estas afirmaciones respondiendole á San Pablo que les anunciaba las doctrinas del Cristo: « Tú nos dices unas cosas que aun no hemos oido nunca. » Y por eso el cristianismo fué atacado tan rudamente por la filosofía, que le consideraba una locura, como por el Imperio y el pueblo, que le recibió con el martirio cual enemigo de sus teogonías.

Si el cristianismo hubiese fabricado su teología con ideas tomadas de la filosofía griega, ¿cómo puede explicarse la guerra que durante tres siglos le hizo la escuela de Alejandria que fué un desarrollo original de la filosofía griega? Cuán falso es afirmar que el cristianismo es el helenismo desarrollado!! Se encuentran en la

arena durante los tres primeros siglos los filósofos herederos de la Grecia y los cristianos, ¿y cómo es que se repelen si son la misma cosa?

III

Pero aunque fuese cierto, señores, que las doctrinas y modelo del cristianismo existiesen antes que él; no puede afirmarse que Jesucristo haya sido un plagiario ó eclético, sin venir á parar á uno de estos dos absurdos, la imposibilidad ó la blasfemia.

Porque se ha de afirmar que Jesucristo era Dios ú hombre solamente: si se le considera como Dios, es una blasfemia decir que se ha inspirado en la filosofía pagana. Si se le considera como mero hombre, es evidente que no ha podido realizar ese plagio del paganismo.

Es notorio que Jesucristo empezó, despues de una vida oscura de carpintero, á dogmatizar á los treinta años y murió á los treinta y tres: ¿y cómo se puede suponer que con tan poca cultura intelectual y en tan pocos años haya podido leer, profundizar y recoger los monumentos filosóficos de donde se afirma que ha sacado su doctrina? Cómo se puede decir que ha tenido bastante tiempo, bastante perspicacia y poder para distinguir todas las soluciones descubiertas antes de él, arrancarlas del inmenso caos en que se hallaban, limpiarlas de toda mezcla impura, de toda ambigüedad, de toda oscuridad, coordinarlas en un símbolo luminoso y completo para formar el Evangelio con una doctrina tan elevada y tan perfecta que en dieciocho si-

glos no se la ha podido superar por otras más sublimes?

Suponed, señores, que se conduce uno de nuestros génius a una biblioteca donde se encuentren todos los documentos de la filosofía griega y pagana, para organizar una nueva religion y una institucion que al través de los siglos sea su intérprete: ¿se atreveria ese sábio legislador ó académico, no digo á treinta años, pero ni á sesenta, á encargarse de ese inmenso trabajo? No lo consideraria como una insensatez? No veis como ha fracasado en nuestro siglo XIX un Kant, un Schelling, un Saint-Simon, Fourier y Owen, aun iluminados por el cristianismo?

Pues bien, señores; si se supone al Nazareno un simple hombre, quisiéramos que ese Jesucristo, trabajador oscuro, hubiese ejecutado toda esta obra gigantesca! ¡Quisiéramos que á una edad en que apenas se llega á la virilidad del espíritu, á una edad en la que los estudios, si se han hecho no pueden menos de haber sido ligeros, y en la que la critica y la razon aun no están enteramente formadas, hubiese registrado y revuelto enteramente los materiales amontonados por los sábios de la antigüedad! ¡Quisiéramos que hubiese tenido, en un instante y como por encanto, tiempo para construir el prodigioso edificio en el cual ha grabado su nombre y superado á todos los grandes génius, despues de haber puesto en tela de juicio todas sus soberbias concepciones! En fin, quisiéramos que hubiese ejecutado un oscuro carpintero de treinta años una empresa tal que ha

admirado al mundo y fundado la civilizacion más brillante que se conoce y hasta hacerse adorar durante dieciocho siglos como un Dios y hoy mismo por trescientos millones de cristianos! Y entonces, qué es lo que hacemos? Qué naturaleza colosal queremos darle, por más génio que supongamos en ese oscuro Galileo? Si; aumentamos ciertamente sus proporciones, lo elevamos hasta representarlo, no como un prodigio sinó como una quimera y un embaucador, si no lo consideramos como un Dios.

IV

Una réplica más del racionalismo. Si no fué Jesucristo quien se apropió ciertas máximas de la antigüedad, fué la Iglesia. Se vé á sus primeros doctores registrar en los primeros siglos las obras de Pitágoras, las de Sócrates, las de Aristóteles y sobre todo las de Platon. Y para qué? Para extraer de ellas, se dice, el complemento de las doctrinas evangélicas.

Pero debeis saber, señores, que los Santos Padres de la época del neo-platonismo hablan con frecuencia de los filósofos antiguos y más de una vez se apoyan en ellos. Pero en qué sentido y con qué objeto? Para hacer ver con los textos en la mano que los sábios antiguos, incluso el mismo Platon, han tomado de la Biblia, aunque mutilándolos, sus más notables pensamientos sobre Dios, el mundo y la historia de la humanidad; y tambien para defenderse de los ataques que se les dirigia en nombre de los filósofos.

Los Santos Padres se sirven de la Filosofía antigua como *apologistas vengadores*, pero no recogen nada como *eclécticos investigadores*. Sacan de allí armas para defender su símbolo, pero jamás nuevos dogmas para aumentarlo con el plagio, antes bien refutan todo lo que es contrario á la palabra divina del Evangelio.

No, señores: el catolicismo no es una expansión de las doctrinas y de las instituciones del politeísmo: ésto es una injuria á nuestra propia civilización.

Jesucristo no es como revelador un éco de Platon, ni como moralista un heredero de Sócrates, ó del Estoicismo, ni como legislador un imitador de los cónsules ó de los césares.

Jesucristo es mucho más que todos ellos, ni ha caído en los groseros errores de ninguno de ellos; y cuanto más se comparan su símbolo y su Iglesia con la antigüedad pagana eternamente degradada, tanto más original resplandece la doctrina sublime de Jesucristo.

Es un faro gigantesco colocado en los límites del mundo antiguo y del mundo nuevo, que inunda con sus rayos esplendorosos.

Por eso, señores, ha dicho Rousseau que el Cristianismo es el culto más puro y divino que ha existido en el mundo, que resiste triunfalmente el exámen de la razón, que encanta más la sublimidad de sus doctrinas; que cuanto más se le sondea, más grandeza se descubre en él, y que el adelanto de las ciencias va depositando continuamente espléndidos y múltiples trofeos en el templo de gloria colosal con que la humanidad honra al cristianismo.

Si por ignorancia ó preocupaciones leídas en *el libro infame* de Voltaire, al decir de Víctor Hugo, existen dudas acerca de la divinidad del Catolicismo, ellas se desvanecerán ante la luz esplendorosa de las ciencias y de la verdad, como ha sucedido, al través de todos los siglos, con innumerables errores y heregías que han pretendido convencer de absurdo el credo sublime del Catolicismo y su augustísima civilización.

Y esos jóvenes extraviados, que sin haber tenido el tiempo suficiente para estudiar los dogmas y doctrinas del catolicismo, están parodiando inconcientemente las bufonadas y calumnias de Voltaire, contra la sublime religión que les dió la civilización de que se glorian, debieran grabar en su memoria el siguiente juicio crítico de Renan:

«Voltaire no comprendía la Biblia, ni el Cristianismo, ni la Edad Media. El siglo XVIII no fué amante de la ciencia *séria, libre y grave*; aplaudióse la *chocarrería*, la incredulidad burlesca y superficial de Voltaire.... sus insípidas chanzas, su tono picaresco, sus hipócritas chuladas....»

Alégrate Voltaire de tu misión impía, que tienes muchos imitadores en las filas de los actuales enemigos de la religión divina que insultaste porque no la comprendías!...

Y sabéis, señores, lo que decía poco ha el *Journal des Débats* sobre los escritos y propaganda volteriana? «Ese inmenso sumidero de basura (son sus palabras), de indecencias, de impiedades, de mentiras y de bufonadas, donde sobrenadan algunos escritos estimables, carece de atractivo para todo *lector honrado*....su filo-

sofía volvióse excelente para trocar las fiestas en llanto, los palacios en cárceles, las artes en bárbarie.»

Qué os parece, señores, de tan ignominiosa propaganda anticatólica? Pueden llamarse razonables y amigos de la pátria, de la civilización y del progreso los que la siguen impunemente?

Y más aun: ¿no es una honra para nosotros ver á los que combaten el catolicismo celebrando el centenario de ese infeliz, que Victor Hugo llama *mono del génio, sofista, falso sábio y misionero de Satán entre los mortales?*

Señores; vertí lágrimas de compasion y bar-runté presagios tristísimos sobre el porvenir de mi pátria amada cuando vi estampado en un diario que con nosotros queria combatir con armas desleales:

« ¡ Arriba Voltaire ! »

Y porqué, señores, se contristó mi alma? Porque veo en esa exclamacion el comienzo del reinado en la prensa uruguaya de eso que el diario liberal *Journal des Débats* llama indecencias, impiedades, mentiras, bufonadas y una filosofía excelente para trocar las fiestas en llanto, los palacios en cárceles, las artes en bárbarie, la libertad en guillotina y libertinaje, y la ciencia en calumnias, sarcasmos y afrenta.

Sin embargo, consuela el observar lo dicho de Francia, que esa propaganda soez carece de atractivo para todo lector honrado.



ÍNDICE

	Pág.
PREÁMBULO	III
CONFERENCIA PRIMERA : El Racionalismo y el Catolicismo comparados bajo el aspecto filosófico	1
CONFERENCIA SEGUNDA : Crítica del Racionalismo, socialmente considerado	23
CONFERENCIA TERCERA : Crítica del Racionalismo bajo el aspecto moral y religioso	37
CONFERENCIA CUARTA : El Racionalismo comparado con el Catolicismo bajo el aspecto de su valor dogmático, racional y conservador, con relacion á las doctrinas é instituciones de la humanidad	55
CONFERENCIA QUINTA : Divinidad del Catolicismo por el hecho de su institucion	71
CONFERENCIA SESTA : Orígen divino del Catolicismo como doctrina	85